

DESVÍO

DESVÍO

JUAN FRANCISCO MORETTI

milena caserola

MORETTI, JUAN FRANCISCO

Desvío - 1a ed. - Milena Caserola, 2014.

138 p. ; 13x21 cm.

ISBN 978-987-1583-67-6

I. Narrativa argentina contemporánea

Imagen de tapa: Mercedes Berastegui, 2014

Edición: Angie Moran / a.moran@hotmail.com.ar

Dirección editorial: Matías Reck

Milena Caserola

(esto no es una editorial)

A quienes robé

*“La felicidad se alcanza cuando se tiene algo
que crear, algo en que creer, alguien a quien amar,
algo que rehusar, algo que esperar, algo que
recordar y algo que soñar.”*

*Gral. Emilio Bolon Varela,
Fundamentos de ética militar, 1980*

*“¡Nunca más solo!”
Kurt Vonnegut, Payasadas*

VAIVENES

Abrí los ojos, Nicolás, te va a matar.

Pero no puedo. ¿Me puedo parar? ¿Me estoy cubriendo la cara?, cubrite la cara pelotudo, que no te rompa la nariz, que no me mate. Cayó algo en el muslo izquierdo ¿que pasó? Dolor fuerte, aproveché el dolor, abrí los ojos, así. Es el pelado, sí, cayó con su rodilla en mi pierna y se desplomó a un costado. ¿Por qué se cayó? A mi derecha hay dos alpargatas, dos piernas, una barra de metal; es esa pata de banqueta oxidada que el Rasta guarda abajo de la barra. Gracias, Rasta. Menos mal que volviste. Tengo el oído descompaginado, escucho el sonido del golpe, el grito y la caída del cuerpo enorme, pero el pelado ya está ahí derrumbado y parece que siempre hubiera estado derrumbado, un monstruo encallado, con dos mechones rojos carreando de la nuca a la sien. Ahora vuelvo a cerrar los ojos, ahora siento un cachetazo del Rasta que trata de despabilarme, ¿estoy bien? ahora escucho mi propia respiración de alivio ¿me estoy riendo? ahora escucho el cachetazo que sentí. Hard reset. Buenas noches.

Lo de siempre: entro a la ducha a la mañana y en cuanto estoy todo mojado me dan ganas de cagar. Es un jaque de la naturaleza. Si estuviera en mi casa no habría problema, pero es la primera vez que vengo a la casa del Rasta y me da cosa vejar así el baño de su mamá. Está claro que el baño es más de la madre que de él, no me lo imagino al Rasta comprando estos jaboncitos con forma de rosa ni eligiendo aquel porta rollos de tela con volados. Pero estos retortijones intestinales de mañana

siguiente no atienden a los balidos del pudor. Piso con la pierna izquierda y parece que algo trata de salir del moretón del muslo golpeando con un ariete, ahí donde la carne está hinchada y tierna. Ya en el inodoro, abrazando las rodillas por el frío, la cara interna de mi frente empieza a proyectar una película, escenas cortadas, filtradas, mal montadas: lo que pasó anoche.

Veamos: yo estaba en la barra, en el bar estaban los mismos rockeros caducados de siempre y cuatro o cinco personas del mundo. Era relativamente temprano, tipo dos, pero la noche ya se desteñía de aburrimiento y los dos saques que me había dado a la una ya estaban ahogados en una jarra de vino Toro y Speed (el Idiota Útil, mi trago insignia). Fui a la cocina a reforzar la lucidez. Algunos de los habitués salieron a fumar a la esquina y el Rasta se fue con ellos, dejándome a cargo. Puse unos temas de Motörhead, el Mono aulló desde una mesa indicando aprobación, volví a llenar mi Idiota Útil. Si íbamos a cerrar temprano, iba a tener que emborracharme rápido: es el mayor privilegio de ser el mozo/barman/bachero/ limpieza de un antro, y es una picardía desperdiciarlo. Corrijo, es el único privilegio. Puta, si junto todas las propinas de todas las noches de la semana no me alcanza ni para volverme en colectivo. Me senté y examiné de reojo al pelado acodado de la barra. Su cara me hacía acordar a algo. Era cachetón y lampiño, no debía tener más de treinta años, pero parecía un bebé de cuatrocientos kilos. El vaso era chiquito en su manotita, tan rolliza que los nudillos apenas sobresalían. Lo vi llegar a eso de las once con otro pelado mucho más angosto, que se fue a la media hora y dejó a

este gordo adosado a la barra pingosa y a los fernet consecutivos. Sólo levantaba su culo mórbido que torturaba la banqueta para ir al baño y volver con la mirada más angulosa y el paso más pesado. Ahora, unas diez visitas al baño después, el tipo estaba más duro que un iglú: ahí me di cuenta de dónde me sonaba la cara. Jack Nicholson congelado en la escena final de El Resplandor. Eso. Con la satisfacción de haber extraído un recuerdo del olvido, me puse a mirar mi facebook en el celular. No había nada nuevo ni nadie interesante conectado, lo esperable en una madrugada de miércoles. Me puse a recorrer muros, y estaba poniendo un Me Gusta hipócrita a las fotos del horrendo bebé recién nacido de una chica con la que cogí hace dos años cuando el Mono me avisó que sacaba una cerveza, se la anoté, y escuché la voz gruesa y congestionada del pelado:

- Otro fernet
- Sale

Lo preparé enfrente de él con una buena medida, y corté la espuma con un chorrillo extra, porque la esperanza de propina es lo último que se pierde. Sin un guiño de gratitud agarró el vaso y sacó con una mueca el sorbete, y yo volví a agarrar el celu.

- 25 pesos sería.
- Anotámelo.
- El dueño salió, no te puedo anotar, te tengo que cobrar.

- Al negro ese no le cobraste.
- A él lo conozco, viene siempre...

Levanta un poco el labio superior y me clava los ojos congelados.

- ¿Vos sos judío?
- ¿Qué?

- Sos judío. Tenés cara de judío.
- No soy judío, soy narigón nomás.

Un chiste, vamos. ¿Ves que no me tomo en serio? Me sale tan bien burlarme de mí mismo antes de que lo haga otro que ya es como un acto reflejo. Mi nariz es notable pero inofensiva, sin ángulos rectos viriles, más bien como un gancho. De perfil puede parecer una pequeña berenjena, o los primeros tres segmentos de la espiral de Fibonacci, o una teta cargada: nada que sugiera que llegué al lugar para ser el macho alfa. La nariz del bebé gigante, chata, ancha y poceada de marcas de viruela o acné, se dilató en una inspiración profunda mientras se levantaba de la banqueta.

- A ver
- ¿A ver qué?
- A ver si no sos judío

Me agarró del cuello de la remera, me acercó, le conté los poros y olí su aliento agrio, sólo nos separaba la barra. Se me perdió el piso pensé, el gordo me levantaba en peso como a un muñeco de peluche, yo todavía tenía el celular en la mano y buscaba un lugar donde apoyarlo para poder afrontar este problema con calma, y ya estaba izado a un metro sobre el piso cuando sentí una mano que me buscaba la bragueta.

- ¿¡Que hacés!?

Me revuelvo, me suelto y le tiro el teléfono a la cara. Rebota en su hombro. Y acá sí que no sé qué pasó, porque lo siguiente que recuerdo es estar del otro lado de la barra, rabioso y tenso, empuñando el Tramontina de cortar limones y gritándole al pelado vení, dale, vení, y cuando me dí cuenta de la locura que estaba haciendo, el pelado vino. Me agarró la muñeca derecha, donde tenía el cuchillo,

y me encajó un puño sísmico en la panza como un tiro de mortero, me vacié de aire, traté de respirar pero estaba ahogado, mi mano derecha estaba bien apresada y trataba de mantenerlo a distancia con la izquierda, apoyó su enorme mano en mi hombro, recordé esa vez que bailé un vals en una fiesta de quince, el pelado alejó la cara medio metro y catapultó su frente contra la mía, estalló el mundo en negrura sorda, una ráfaga de conciencia me raspó toda la piel. Caí en silencio oscuro y estática, que podría haber durado para siempre, si no hubiera intervenido el Rasta.

El papel higiénico de este baño es como una almohada de seda, triple, perfumado, con dibujos de cachorritos. En las pequeñas cosas se distingue a los que saben vivir. Me meto en la ducha otra vez: el Rasta tiene razón, necesito una ducha, tengo el pelo jedito de piso de bar y la cara con sangre y mugre. Tengo la cabeza llena de porquería.

El Rasta es un sujeto inusual. Tiene la cara y las manos largas, rectas, con líneas profundas, y la languidez grave de sus gestos y palabras se contradicen un poco con la única, larguísima rasta que le sale de la nuca y le llega hasta la cintura. "A tu edad" me dijo alguna vez "tenía en toda la cabeza. Era un mamarracho". Siempre habla así, como si ya hubiera vivido las cosas importantes y estuviera de vuelta hace rato, esperando a que el resto del mundo le alcance el paso. Tiene 36 o 37 años, y hace diez que es dueño de Desvío, un bar rockero por default en un rincón de Palermo. "A mi edad"

tomaba mucha merca, pero dejó, se peleaba mucho, pero dejó, se emborrachaba mucho, pero dejó, y fumaba porro todo el día. Eso tanto no lo dejó.

Hará ocho meses entré al bar para festejar que me habían despedido del call center. Después de dos años destejéndome el espíritu en un féretro halógeno de durlock, sección Servicio Técnico, el despido era una bendición. El futuro parecía fértil, la indemnización parecía una fortuna y todo ameritaba una noche de beber y portarse como un imbécil. Desvío es perfecto para eso: el alcohol barato incita el exceso, la escasez de mujeres favorece la incivilización, el bombo infernal de la música fermenta la exageración y la oscuridad vela todo; es un espacio sinérgico de derrape y fisura. Con el último cheque en el bolsillo me metí en el bar, que estaba casi vacío, y mientras esperaba que llegaran mis amigos crucé dos palabras con el tipo de la rasta que atendía la barra. Le conté orgulloso que me habían despedido. “¿Y qué vas a hacer?” me preguntó, “Nada” contesté eufórico. Me felicitó sin convicción y me regaló un porrón, que acercó con un gesto compasivo de piedad infinita. O quizás no era gesto de nada. Pero así lo interpreté varios litros después, cuando ya se habían ido todos y yo estaba en modo borracho patético, completo con seseo, divague, sollozos y mocos. Él nunca me recuerda esa noche lamentable, pero desde que empecé a trabajar para él un mes más tarde, sofrena cualquier insolencia excesiva de mi parte con una mirada serena: la misma con la que me alcanzó servilletas para que me suene la nariz mientras yo hablaba entre hipo del miedo a todo, del interés por nada, del terror del silencio y de la luz, de la decepción del amor, de mi padre y la vergüenza, de

mi mamá y la angustia. La misma mirada con la que me dijo, mientras me alcanzaba un trapo para que limpie mi vómito, que necesitaba un camarero de lunes a jueves, y que si quería el trabajo le avisara. A la mañana siguiente decidí no volver nunca más al bar. Cuatro lunes más tarde aparecí a la hora de apertura, el Rasta me alcanzó un balde y un trapo y me enseñó el truquito para abrir la heladera del fondo. “Che, Rasta, gracias”, le dije cuando me iba. “No hay de qué”.

Es un buen tipo. Con esto no quiero decir que sea una de esas personas sin carácter de las que sólo puede decirse que no son malos, ni tampoco uno de esos varones con códigos caninos que confunden la obsecuencia con amistad. Al contrario, es minuciosamente crítico, y casi siempre sus observaciones y sus consejos no pedidos lo vuelven denso, pero su manera de vivir parece hacerle al mundo más bien que mal, y eso para mí es el atributo de un buen tipo. Tiene anécdotas para todo, la mayoría incomprobables. Estuvo, dice, siete años vagando por el mundo y conociendo gente: vivió con los indios wichís, probó cada hongo, cada cactus, cada flor, enseñó vaya uno a saber qué en una escuela rural en Brasil, trabajó de machetero en Caracas, estuvo preso en España, limpió letrinas en la India, fue percusionista de una banda de jazz en Tailandia. Ahí vivió en una playa paradisíaca dos años, hasta que tuvo que volver a Buenos Aires para cuidar a su mamá, que tiene arterioesclerosis. “Mi casa está en la otra punta del planeta”, dice. Por eso para él esta ciudad es un desvío, y por eso hace una década que vive como un inquilino, entre estos porta rollos con voladitos y estos jabones para visi-

tas con forma de rosa. A la mamá le gustan las flores. Pocos saben, y menos aún comentan, que el Rasta, en realidad, se llama Florian.

Me siento muy bien, a pesar del dolor que late en la frente, atrás de los ojos y en el muslo. Me gusta ducharme cuando estoy muy sucio, ver el charco gris a mis pies y sentir que me renuevo, que manejo el cambio. Salgo de la ducha suspirando de alivio. Es la felicidad que conozco.

Creo que todas las felicidades son formas del alivio.

La cocina es una postal de los cincuenta. Un museo de melamina, carpetitas bordadas, fórmica, radio am, adornitos y cuadros tan insulsos que no existen. Me siento un poco sepia.

El Rasta me alcanza un mate

- ¿Duele la frente?

- Me estalla. ¿Tenés un ibuprofeno?

- No tomés porquería. Después te doy una crema boliviana buenísima, tiene olor fuerte pero te anestesia todo, vas a ver.

- No me hagás reír que me duele.

- Si no tenés nada. Por cómo estabas ayer pensé que el golpe te había dejado tarado.

- ¿Cómo estaba?

- No te podías parar solo, hablabas mal. El Mono te dio tu celu y te pusiste a llorar porque estaba roto.

- Me estás jodiendo.

- No, mirá.

Me lo muestra. La pantalla está destrozada, el

plástico machucado en una esquina. No enciende. Ahora me acuerdo, sí, cuando el Mono me alcanzó el celu rompí a putear porque lo compré por canje y no tengo seguro, y si me compro uno nuevo se me va a terminar la plata de la indemnización que vengo dosificando.

- No vayas a llorar eh.

- Boludo, tengo cosas importantes acá.

- ¿Ah sí?

- Sí. Números, fotos, no sé. En casa tengo un celu viejo pero no tiene internet, yo compu no tengo, uso el del celu todo el tiempo.

- Eso ya lo sé, autista.

“Autista” me dice en el bar cada vez que me ve muy sumergido en la pantallita, entre siete y quince veces por noche. Divide una factura con el cuchillo. Hizo lo mismo con las anteriores, les busca una bisectriz para que el dulce se reparta equitativamente: un buen tipo. Aunque sea ateo, es un buen cristiano. Bah, quizás no es ateo. Le voy a preguntar. Parte un churro y putea bajito.

- Yo no sé ni para qué fabrican churros sin dulce de leche. Es como un chasco, los panaderos se deben cagar de risa poniéndolos a ver quién cae. Mirá, es un chorizo de masa frita, a nadie le gusta.

- A mí me gusta.

- ¿Pero te gustan más que los que tienen dulce?

- Me gustan igual. Me gustan más con chocolate.

- El chocolate es otra cosa, no tiene nada que ver. No te puede dar igual con o sin dulce, es una pelotudez.

- Seré un pelotudo.

- Te lo dejo todo entonces, amargo. ¿Te gusta el pancho sin salsas también?

- No como panchos.

El Rasta hace silencio. Sospecho que llegamos a una diferencia crucial. Por hacer algo, agarro el cuchillo. Tiene mango de madera y filo serrado. Hace unas horas agarré uno idéntico como si fuera un arma, como si ese cuchillo pudiera apuñalar. Nunca pienso en un cuchillo como algo más que una herramienta doméstica. Cuando era chico sí, jugaba a las espadas, o me ataba tres tramontinas en la mano para hacer de Wolverine. Mi vieja se desesperaba. Bah, quizás son mis manos las que ahora se redujeron a herramienta: si tuviera en las manos la capacidad de lastimar a otro podría hacerlo con cualquier cosa. Si me fijo, esta cocina está llena de armas domesticadas: filos, pinches de metal, planchas de hierro, martillos, palos. Incluso armas más sutiles, como productos de limpieza venenosos, llaves de gas... se podría ahorcar a alguien con este repasador. ¡Con un repasador! Salen 15 pesos en la calle. ¿Cómo podría pasar un día en la vida de un ama de casa en que no sopese el homicidio? Los ingredientes están todos ahí, pintados de inofensivos para nuestra tranquilidad, con su poder destructivo a una voluntad de distancia.

Podría clavarle este cuchillo en el cuello al Rasta en este momento y arruinarnos la vida a los dos en un segundo. Por hacer algo.

- El facón sale cortando.

- ¿Qué?

El Rasta me saca del ensimismamiento de golpe, como abriendo un frasco al vacío. Se ve que hace un rato que estoy con la mirada perdida girando el cuchillo, y me lo saca como a un nene.

- Es del Martín Fierro. Los gauchos lo usaban para todo, el facón. Para comer, para trabajar, para pelear. Tiene filo de un solo lado, ¿no? Bueno, se lo

encintaban atrás, así. Entonces, si empezaba una pelea... no sé, en la pulpería, suponete. Empezaba la pelea y plum, sale así, el movimiento de sacar el arma ya es un ataque. ¿Entendés?

- Si, que sale cortando.

- Claro, pero no es sólo eso. Lo que significa es que sólo lo sacaban en una pelea si estaban dispuestos a herir y a matar. Se insultaban, bueno, se pecheaban, se agitaban, bueno, pero si alguien mostraba el filo la cosa se volvía de vida o muerte en serio.

- Ya sé, ya sé, no tendría que haber sacado el cuchillo, fue una boludez, no sé por qué lo hice, no pensé.

- No pensaste cuando lo sacaste, pero después lo tenías en la mano y te pusiste a pensar. Por eso sale cortando, para no darte tiempo a dudar, porque si pensás no peleás, y a veces hay que pelear. Ahora ya sabés.

- No me veo futuro, creo que soy medio delicado para gaucho.

- Sos un pelotudo y te podrían haber cagado matando por pelotudo. Comete ese churro insulso, dale, te lo merecés.

- ¿No tenés dulce de leche para que le ponga encima?

Se ríe con la boca abierta, como el malo de una película.

El ruido de unas llaves corta en seco la risa y me doy vuelta, alguien en el pasillo está abriendo la puerta de entrada: se abre una hoja de la puerta, después la otra, y no entra nadie. El Rasta, que está

mirando un reloj con forma de gato que marca 12:20, dice "Mamá", va a la puerta y vuelve empujando la silla de ruedas.

Como casi todas las personas, "Mamá" es principalmente su cara y sus manos, pero su caso es extremo. Cara de abuelita afable, con peinado inflado a lo Drácula, que cuando me ve en su cocina levanta las cejas en un "¡Ooooh!" de sorpresa alegre, como si hubiera visto un regalo. Las manos nudosas con guantes reforzados sin dedos toman el control de sus propias ruedas para acercarse.

El resto de su cuerpo es una catástrofe inerte. Un bulto. Me hace acordar al sillón fiaca que tenía mi viejo, una bolsa gigante de tela rellena de bolitas de telgopor que no usaba nadie y estaba siempre medio marchita en un rincón. Ahora parece que el fiaca estuviera en esa silla, adentro de un vestido de flores naranja, estorbando a una cabeza y a unas manos que lo arrastran a la cocina. El vestido combina con las flores de la cortina: Mamá no se vistió, se tapizó.

- Pero, ¿todavía están con el mate?

- Hola señora, ¿cómo le va?

- Mamá, él es Nico, un amigo, atiende el bar. Ayer se descompuso y lo traje para acá. Nico, ella es mi mamá...

- Julia, encantada. Dejen de comer eso, les hago algo.

- No no, muchas gracias, yo enseguida me iba...

- Comé y te vas, son diez minutos. Cinco minutos. Caliento la tarta.

- Dejalo, mamá...

- Siéntense.

Acatamos. Julia se desenguanta, sus manos se lavan y revolotean entre platos, tupperes, utensilios,

horno, mientras me entrevista desde atrás de su respaldo.

- ¿Así que atendés? ¿Te gusta?

- Sí, está muy bien, en la semana es liviano así que...

- ¿Te trata bien Flori?

- ¿Flori? Flori. Sí, muy bien.

Sonríó. "Flori". Flori cambia de tema.

- Hoy fue la peluquera al jardín, ¿no?

- Si, yo le dije mil veces que es al cuete que me peine si antes de la siesta desarmo todo, pero es tan pesada que prefiero dejarla hacer para que me deje tranquila.

- Mamá va a la mañana a un lugar por acá cerca, Jardín de Otoño, es como un club de día...

- Es una guardería para viejos. Todo viejas y viejos que nos meten ahí un rato para que se ventile la casa.

- No seas así, mamá. La idea es que tengan actividades en común, que se hagan amigos. Va su amiga Beba ahí.

- Beba no es mi amiga. Se me pega porque está sola, y la aguanto porque si quiero estar sola vienen los animadores y es peor. Son chicos de tu edad, Nico, todos evangelistas, ay, son unos bobos, no te dejan en paz, en cuanto te ven tranquila se te vienen encima y te ponen a hacer un collage, a bailar salsa, a rezar, alguna pavada así. No se les ocurre que una por ahí quiere pensar un rato nomás. Beba pone la tele y me habla de todos los famosos, que a mí me importa un pito, pero por lo menos no espera que le responda.

- Si no fueras tan prejuiciosa podrías participar con el grupo y capaz te divertirías. Los otros se integran más y están contentos.

- Ay, vos sabés como es conmigo, Florián, para estar tan contenta como los otros tendría que ser muchísimo más inteligente, o un poquitito más tonta.

Había una advertencia en el tono: Mamá Julia, sin mirar, mostraba el mango del facón. El silencio del Rasta, la fuerza con la que revuelve la ensalada. La frente me late en el golpe y deseo con fuerza que la tensión se aplaque. Es muy incómodo cuando las parejas discuten. Pero la silla gira en su eje y la sonrisa de mamá es una fuerza imparable.

Comemos, alabo la comida casera, le cuento que vivo solo hace un año, desde que mi mamá se mudó con el novio, que me las arreglo con la casa y que subsisto básicamente gracias a medallones de merluza congelados y a la rotisería china que vende comida por peso. Ella se horroriza exageradamente, promete una cornucopia de tupperes, pregunta si tengo novia, pienso en Clara pero le digo que no, el Rasta pregunta si esa chica Clara que me fue a buscar un par de veces no es mi novia y le digo que más o menos, que no es así formal, Julia me tilda de pícaro -"Pícaro" me acuerdo que me decía doña Hebe, una vecina, la primera persona que conocí que se murió; ahí yo tenía 7 años, mi padre me sentó, me explicó la Muerte y me pareció razonable-. No señora, por ahora estoy trabajando nada más, todavía no decidí si quiero seguir estudiando alguna cosa. Empecé Psicología hace un tiempo pero la dejé. Porque me aburría, no sé, no me concentraba. Y ya no me bancaba a los compañeros que con dos clases adentro son más freudianos que Freud y no podés hacer ni un chiste sin que te

hablen de tu mamá. No, digo, que se creen psicólogos y se ponen densos. Después trabajé en un call center. Soporte técnico para computadoras portátiles. Sí, si quiere le miro la pc, pero mucho no sé de computación eh, usaba un manual para atender los llamados, y anoche se me rompió el teléfono así que no tengo internet para buscar. Sí, mire como quedó, se lo tiré a un tipo que me vino a pegar, un tipo enorme, imagínese que el celularazo mucho no lo movió, por poco no me mata, por suerte el Rasta...

- Llegué justo cuando los demás lo estaban sacando al tipo. Nico estaba un poco mareado, por eso lo traje.

Lo miro, me mira, Julia nos mira mirarnos, Julia lo mira, él no mira.

El tipo era enorme eh. Me quiso pegar porque pensó que yo era judío. No, no soy, soy narigón nomás. Gracias, me encantaría un café pero me tengo que ir, tengo que pasar por casa a darle comida a la tortuga. Si, una de tierra, la tengo desde los 3 años. Data. Bah, D'Artagnan se llama, pero es Data. Claro, Julia, otro día vengo con más tiempo y charlamos, muchas gracias por la comida, no, no se moleste, bueno, un pedacito de la tarta de pollo le acepto, para la cena, no tanto no, bueno, está bien, gracias, muchas gracias. Claro que vuelvo, alguna tardecita, hoy me la pasé hablando de mí y usted no me contó nada. No diga eso, seguro que tiene miles de cosas para contar. Bueno, ahora sí, me voy volando, un gustazo, gracias, chau.

Pasillo:

- Che, ¿te jodió que cuente lo del pelado?
- Mirá, ella se preocupa. Cuando recién volví

al país yo salía con unos punkis, a veces había rosca y llegaba todo roto, y se ponía muy triste. Mejor que no se entere que le partí la bocha a un skinhead.

- ¿Era un skinhead?

- ¿El pelado que te quería fajar por judío? Si, era skinhead. Bah, un bonehead nazi, los skins son comunistas. Le voy a preguntar a los punkis si les suena de algún grupo, siempre están en grupitos. Por si acaso, hoy no voy a abrir el bar.

- ¿Decís que van a caer a armar bardo?

- Mirá, mejor no arriesgar. Igual cerrar un jueves no es mucha pérdida, si las chirolas que dejan los pibes apenas te pagan el sueldo. No creo que pase nada, estos skins son muy cagones, para patear a un croto ya van de a muchos y re duros.

- ¿Donde lo dejaste al tipo?

- Por ahí, a la vuelta. Llamé al SAME y me fui. No llamé a la policía porque no quiero quilombo. Escuchame, le caíste bien a mamá, venite a tomar unos mates uno de estos días si tenés ganas.

- Dale, de una. Es una genia tu vieja.

- Y tomá, esta es la crema boliviana que te decía, ponétela en el muslo y en la frente cuando llegues y descansá.

- Che, Rasta. Gracias.

- No hay de qué.

Sentado en el colectivo, palpo el bolsillo con el celular roto. No puedo deambular por facebook ni mandar whatsapp's pelotudos ni mirar videos de japoneses ni beber del caudal infinito de distracción de tumblr, no puedo escuchar música ni jugar un

juego. Sólo puedo pensar. Pienso en que tengo la noche libre y no sé si llamar a Clara o a mis amigos. Está raro con Clara, pienso. Recuerdo al gordo gigante viniéndose encima, pero esta vez antes de que llegue le pateo una banqueta enfrente y se tropieza, entonces le encajo un uppercut demoledor que lo sienta y lo noqueo de una patada, entran otros cuatro skinheads y el Rasta sale de atrás de la barra con el palo de metal, empieza un ballet de brutalidad perfecta, barridos y golpes, todo fluye, el Rasta me salva, yo lo salvo a él, su mirada es de orgullo, resuelvo mi Edipo, los muchachos no lo pueden creer, el Mono está con su amiga la morocha esa Vicky o Virgi que una vez me puso cara de ganas, la pelea termina y Vicky o Virgi se acerca con esa cara, y la beso apasionadamente, y todo es muy fácil para siempre jamás. El bondi me lleva la quietud, miro carteles y gente mientras voy y vengo de la fantasía del bar, deteniéndome y agregando golpes y besos, golpes y besos.

El ruido del motor me hace eco en el chichón. Está caliente, redondito, como un tercer ojo cerrado. Desde que estoy en Desvío estuve en algunas peleas, todas nacidas de discusiones de borrachos y/o duros, tuve algunos empujones y caídas y alguna trompada mal puesta, pero nunca me habían pegado en serio antes. O sí, en realidad, si recuerdo algunas peleas de chiquito: ésas eran peleas feroces, aterradoras, sin ley. Las maestras, la directora, los padres, todos los adultos medían la furia infantil con la levedad de su consecuencia, llamaban mala conducta a un auténtico intento de homicidio. Porque nosotros peleábamos a muerte, aunque sólo consiguiéramos rasguñarnos y arrancarnos pelos. Estábamos motivados por el miedo al dolor. En

algún momento más tarde incorporé el miedo al ridículo, a la humillación, a las consecuencias legales, y todo me decía que era mejor no pelear. Después, el miedo a la deshonra viril incorporó el miedo al miedo, y con esa palada de tierra terminé de enterrar mi instinto.

Estoy en el bar, barriendo, y entran unos tipos. No parecen skinheads porque tienen pelo, pero yo sé que son pelucas, entonces me río y les digo que se vayan, pero me saqué los zapatos para limpiar y ellos tienen borcegos y me da miedo, se dan cuenta, busco algún arma, veo a Mamá Julia golpeando un pollo crudo con el palo de metal oxidado, el bondi se sacude, me golpeo con la ventanilla y me despierto un poco. Estoy sentado en el sillón fiaca hablando con mi padre sobre la muerte, él se levanta y se va en silencio, trato de acercarme pero no me puedo levantar del fiaca, se fue porque se aburría, esto es un sueño no me tengo que dormir, sigo sentado, pero en una pileta, sentado en agua que parece tela, debo estar soñando tendría que aprovechar para controlarlo, aparece nadando la amiga del Mono, Vicky o Virgi, tiene cara de ganas, se acerca y es Clara que está rapada y está desnuda y le digo qué bien te queda y me dice pícaro y el agua burbujea y hierve y el bondi se sacude y me despierto un poco, me tengo que bajar acá y me bajo aturdido, meto una mano en el bolsillo para esconder mi erección, me olvidé el tupper en el bondi, no lo alcanzo, Mamá Julia se va a enojar, va a llorar, se va a rapar, el bondi se sacude, ahora sí me despierto del todo. Me pasé dos paradas.

Camino renqueando, el muslo se enfrió y duele. Paso por el ciber, entro a facebook un minuto. Decido invitar a mis amigos hoy, a Clara la puedo

ver el viernes. Primero le mando un mensaje a ella: "Rompí el celu, voy a usar el viejo sin internet. Soñé que estabas rapada. ¿Te rapaste?" -Clara cambia de corte y color de pelo drásticamente cada dos o tres meses y juego a decirle que está loca. Este mensaje con una referencia interna es crucial en nuestro diálogo virtual, siempre hablamos así, sin hola ni chau, como una conversación perpetua, inventamos motivos y acotamos casualmente, de reajo, todo es de reajo, nos acercamos de coté, decontracté, haciéndonos los sobreentendidos hasta que el agua hierve- Mando un mensaje a mis amigos, les aviso que rompí el celu y que caigan a la noche con birras. Recorro muros. Un gordo nerd, el que era mi supervisor en el call center, se casó con su novia, que era una compañera de trabajo también bastante nerd -la besaba con mucha lengua y después miraba alrededor todo satisfacción, a ver quiénes lo habían visto; fui a su cumpleaños y conocí a su grupito de amigos, mi jefe era el líder tiránico de una pandilla lamentable de nerds diez años menores que él- y para la ceremonia de casamiento, los novios e invitados se disfrazaron de personajes de Mi Pequeño Pony, que parece que es una serie de culto en internet. En su muro, mi ex-jefe comparte la nota de un blog especializado mexicano que cubrió la noticia como "La primer boda bronie de Argentina". La primera. Porque va a haber otras, sin duda. Pongo un Me Gusta sarcástico, agarro mi tupper, pago mi hora y me voy.

Compro manzanas para Data y mandarinas para mí. Dos veces en el camino agarro el celular roto, por reflejo.

En el living hay olor a encierro, abro una ventana, entra brisa, se escuchan algunos píos y

algunos motores. El ojo de la frente empuja. El moretón del muslo está caliente. Dejo las frutas y el tupper en la cocina, voy al baño y me unto la pomada boliviana en el muslo. Tiene olor a mentol fuerte. La brisa del living trae olor a tilo dulce, me saco la remera, me tiro en calzoncillos en el piso al rayo del sol, me estiro y me desperezo. No, antes de dormirme hago esto. Voy a la cocina, pelo una manzana y la corto en cubitos, la pongo en un bol, salgo al patio. En el patio hay un gato gris destripando a Data.

El tortugo está muerto, en un charco de sangre, dado vuelta. El gato apoya una pata en el peto y mete la otra por la abertura de atrás, mete la pata gris y revuelve y saca tiras de carne sanguinolenta. La cabeza de Data cuelga floja, sostenida por un pedazo de piel y carne. Tiene los ojos y la boca abiertos congelados en una mueca humana, risueña, una sonrisa loca al revés que pendula muda con el vaivén del caparazón. Tiene que ser una pesadilla, y espero despertarme.

El gato mastica la carne de su pata y me mira con desconfianza.

Espero un poco más.

No me despierto.

**ESPACIOS
PUBLICOS**

- ¿Qué están haciendo?

Una voz prepotente, de capataz frustrado. Su-
pongo que viene del guardián de la plaza, que nos
miró torcido cuando mi mamá, su novio Raúl y yo
entramos con la caja de zapatos y la pala. No quie-
ro lidiar con el trámite de odiarlo y voy a volver a
clavar la pala en la tierra. Me agarra el hombro.

- Flaco, pará.

Lo miro. Desde la panza esférica embutida en
la pechera amarilla flúo de Espacios Públicos, pa-
sando por el bigote entrecano que conecta los
mofletes, hasta unos ojitos negros muy pegados al
puente de la nariz, mongoloides y severos, como un
perro pequinés. Quién sos vos, hombrecito infla-
mado, a ver, qué te apasiona, qué te conmueve, de
qué charlás con tu mujer, con tus amigos, qué
comés a la mañana, qué le enseñás a tus hijos y
con qué cara, cómo se transformaría esa cara si te
roturo la panza de un palazo ahora, hijo de puta.

- No podés cavar acá.

- Sacame la mano de encima.

Mi mamá solloza, no necesito mirarla para saber
que es para Raúl, para que Raúl diga algo como:

- Oficial, déjeme explicarle

«Oficial», le dice. A este funcionario diminuto,
que se traga los gargajos del autoritarismo de sus
jefes para tratar de regurgitárselos a los pibes que
andan en skate y a las parejitas en el pasto. Mirá
que vos sos un perro grandote, Raúl, tu sumisión no
pasa desapercibida.

- Sucede que falleció la tortuga de la familia, y
la queríamos enterrar acá ya que a veces la traía-
mos a jugar a esta plaza

Todo en tu boca suena estúpido, Raúl, hacés
estúpida la verdad. Odio tu jopo estúpido. Me re-

pugna tu olor a matizador de pelo. "La familia". Papá no podía venir, está atrasado con un encargo, tiene que estampar 230 buzos de egresados antes del domingo. Cuando mamá lo llamó para contarle, papá pidió hablar conmigo: me preguntó cómo estaba, y si podía ir un día de estos a darle una mano en "la fábrica". Odio que le diga así al local minúsculo donde trabaja él sólo, y odio que Raúl le diga "familia" a lo mismo.

- Mire, no se puede cavar acá, y menos enterrar a un animal. Que por otra parte está prohibido tener, no sé si sabe, pero está en peligro de extinción.

- Comprendo, pero quizás se pueda hacer una excepción...

Raúl revuelve en su bolsillo con la pata derecha.

- No, no se puede.

Raúl levanta las cejas, pidiendo misericordia, un San Bernardo sometiéndose a un pequinés. Me da náuseas. El pequinés se apiada.

- Escuchemé... yo no le dije nada, pero si vuelven más a la noche la pueden enterrar del lado de afuera de la reja. Te digo esto porque te entiendo, macho... yo también tengo una tortuga.

Raúl agradece, el bigote me dedica una última mirada prepotente y se va.

Me parece que sonrió un poco antes de darse vuelta.

En mis pelotas empiezan a girar las ganas de partirle la cabeza de un palazo, suben a la panza como ganas de romperle la mandíbula a Raúl, de ahorcar a mi vieja y gritarle que la corte con el lloriqueo, hipócrita, que ni siquiera te importaba Data y que te escuché esa vez que le pediste a papá que la tirara, no que la regalara, no que la soltara, que la tirara, como una basura, porque te había comido

otro puto malvón y ahí sí llorabas en serio, por el malvón, ridícula, la tortuga se quedó conmigo; y las ganas suben girando al pecho como la seguridad de que si alguien tiene que llorar acá soy yo, que jugué con ella y la torturé toda mi infancia disfrazándola y pintándola y perturbándola cuando hibernaba y ahora hacía años que me estorbaba tener que alimentarla, que la tenía ahí tirada, como una basura, pero no lloré cuando la encontré muerta, ni cuando la envolví en su toalla, ni cuando la puse en su caja, ni cuando este gordito mongoloide me tocó el hombro, ni cuando vos me tironeaste la manga, ni ahora que el idiota irremediable de Raúl me agarra del brazo y me dice algo como:

- Vamos Nico, dale. Volvemos a la noche y la enterramos afuera. ¿Querés charlar? Te invito un café.

Algo sube girando a mi garganta.

Respiro hondo. Ráfaga en el cuerpo. Silencio oscuro. Estática.

Mi amigo Gabo abre las cervezas con la mente. A veces lo cuenta él, pero casi siempre somos nosotros los que, en el bar o en alguna fiesta, se lo anunciamos a un grupo de gente y generamos el clima necesario: las mujeres prestas al asombro, los hombres atentos a descubrir el truco, y nosotros deseando que parte de la gloria nos salpique por proximidad. Con la botella en la mesa, Gabo se arremanga y le hace unos pases mágicos, que varían según cuán teatral se sienta, pero siempre terminan con una palma apoyada en la chapita y otra en el cuerpo del envase. Desde que levanta la mano

hasta que la tapa salta tímidamente tiene 5 segundos: a veces se concentra y la señala en el momento justo, otras veces le hace un paso de baile, o le dedica un guiño a alguna dama presente, pero la chapa siempre se abre y la gente siempre reacciona igual: asombro maravillado, fervor religioso y falsa incredulidad. Durante un buen rato lo interrogan, intentan desesperadamente rebajar el milagro a truco, pero el Gabo nunca, ni mamado ni drogado, ni bajo extorsión, amenaza o promesas indecentes, explica a nadie cómo lo hace.

Apenas sonrío cuando hace su gracia en mi cocina. Supongo que todos los apóstoles se saturan.

- Un auténtico día de mierda tuviste

Empatiza Ángel, que apenas llegó asumió el rol de amigo comprensivo. Algo en su nombre lo condenó a una naturaleza de contenedor emocional, y él también es un buen tipo, aunque tiende a anticiparle el hombro al llanto. Hoy, por ejemplo, no quiero palmaditas paternalistas de falsa comprensión incondicional, quiero que me acompañen y se rían de este día absurdo. Traté de sonar lo suficientemente sarcástico y fastidiado como para dejar esto en claro, cuando les conté de la paliza de anoche, el celular roto, el gato matando a Data, el pequinés de la plaza, la sumisión de Raúl, la estática y encontrarme habiendo empujado a Raúl y puteándolo como una ametralladora, mi mamá gritando y llorando y llevándose el taxi yéndose en una nube de culpa.

- ¿Y qué vas a hacer con Data?

Gracias, Gabo. Vos sí que sos un tipo práctico.

- No sé. Cuando se fueron fui a tirar la caja en un volquete, pero me dio cosa.

- ¿Y el gato?

- Y, ahí anda. Creo que le lastimé la pata cuando lo revoleé contra la medianera.

Los tres nos asomamos por la ventana de la cocina y lo buscamos. Veo relumbrar los ojos, está sentado en un rincón del patio, con la cola envolviendo las patas. Sigo mirándolo hasta que el patio oscuro, el gato gris y los ojos brillantes empiezan a parecer un dibujo de carbonilla. Pienso que no quiero pensar en la tortuga destripada y la pienso. Impotente, torturada. La sangre desconocida, el eco de mi grito en el patio y el gato estampado contra la pared. Igual que anoche, igual que esta tarde: tengo una impresión y un bache, un hipo en el recuerdo. Mi cuerpo es furia un rato y después vuelvo yo, para enfriar los paños y contar los daños. Ángel:

- Será de algún vecino

- No tiene collar. Mañana le saco una foto y pongo un poster. Si es de algún vecino y lo viene a reclamar le meto el gato en el orto.

Gabo:

- Podríamos tirar la caja al río, ¿no?

- Pero es una tortuga de tierra.

- ¿Y? La gente es de tierra y la tiran al río también. La tiramos desde la costanera, de paso nos comemos una bondiola.

No sé si lo dijo en serio, pero me iluminó. Me recordó un lugar particular, de esos a los que se llega en un momento particular, con el corazón permeable.

Lo encontré hace dos o tres años, una primavera. Salía de rendir un parcial de neurofisiología, me sentía liviano y enamorado de la vida, y me desvié con la bici para entrar a la reserva ecológica.

Mis abuelos me habían llevado ahí a pasear algunas veces. Mi abuela llevaba polvorones case-ros y mi abuelo se quejaba de cosas: que la reserva era una mentira, un relleno sanitario cubierto de maleza, un proyecto de urbanización fallido, abandonado, okupado por la flora y la fauna más depredadora y resistente y reapropiado como “espacio verde” por un gobierno cínico e impúdico, que el pasto que pisábamos crecía sobre pedazos de autopista y basura y andá a saber con qué habrán aportado al relleno los milicos. Pero sus denuncias no llegaban a amargar los polvorones de la abuela, ni esa euforia inusual de correr muy rápido, llenarse de tierra, entender que la tierra no es suciedad, revolcarse y decorarse con esa mugre sagrada. Digo que era euforia porque duraba poco y cansaba rápido, pero por un rato era soltarse y volar, hasta que bajaba el sol, se iba la gente y quería volver a casa para ver Dragon Ball.

Esa tarde de primavera andaba liviano, y no sé si quería correr y revolcarme pero sí aprovechar la sonrisa. Montado a mi fiel bici playera surqué las tierras verdes donde se pasea y se toma mate y se fuma porro y se trota escuchando música, crucé los montes de espigas suaves donde ebulle la rata, el sapo y la culebra, atravesé la selva de chopos, penumbrosa y sórdida, sus troncos lastimados por uñas de mujeres y hombres lascivos, bajé a la playita de ceniza y arena gruesa donde las familias juegan con el agua negra, y bordeé la costa. Cargué la bici al hombro para pasar entre escombros, crucé montes de descartes, praderas de hormigón quebrado y valles de gigantescos caños herrumbrosos, abrigando una sensación de vértigo en el pecho, un ahogo retenido como el de una gelatina a punto de des-

moldarse ruidosamente. En un claro de cemento pulverizado y fierros me detuve, como desmoldándose, plop. Sentía que ese momento lo estaba soñando o que lo había soñado o imaginado hacía muchos años, y por primera vez en mi vida tuve ganas de sentarme y mirar el agua inhóspita y verla como río. Silencio fresco. Me había sentado en el único árbol, un árbol insólito, con forma de silla, que salía de ese suelo de paredes y techos muertos. Algo hizo plop, aunque duró poco y pasó rápido.

La segunda vez que llegué a ese lugar fue hace unos nueve meses. Un domingo al mediodía, después de una noche de vino tras vino, pucho tras pucho y raya tras raya en un pool que nunca cierra, pergeñando mil planes y proyectos con el grupo de disolutos más impresentables de entre los compañeros de un trabajo que me envenenaba el alma. Pasado el entusiasmo hueco, pasado el desengaño del amanecer y pasada la cruel manija de la merca, volvía a casa con los labios violetas y la sangre densa, respiraba hondo pero no lograba llenarme los pulmones, y me acuerdo que esa vuelta entré a la reserva con la bici furiosa, sudando un aceite tibio y espeso, y atropellé la tierra sin parar ni mirar hasta encontrar el árbol-silla, en el momento exacto en que una nube tapó el sol. Esa vez no me senté encima, sino al lado. Me fumé tres cigarrillos seguidos, pensando rabioso, contándole al árbol mis conclusiones. El árbol y el río medían mi angustia con la Escala del Cosmos, y dejé de concluir, y me fundí en la relajante indiferencia del universo. Las interferencias bajaron de volumen. Silencio luminoso. Decidí no volver a tomar merca nunca más, dejé de fumar y al día siguiente empecé a ocuparme de que me despidan.

Ése es un lugar de alivio.
Ahí voy a enterrar a Data.
Esta noche.

- Estoy seguro de que era por acá
- Acá no hay árbol ni un carajo
- Sigamos un poco más
- Mirá, a mí lo que me asusta es que cada vez hay menos basura en el piso. Antes era pura basura, ahora ni una colilla de pucho. Esto es territorio inexplorado, loco.

- Falta un poco. Había que pasar por encima de unos caños enormes

- ¿Los que pasamos hace un rato?

- No, eran como esos pero se metían mucho más en el agua

- Eran los que pasamos, Nico, pero de noche está la marea alta.

Gabo tiene razón, obviamente. No está de buen humor. Ángel nos sigue en silencio, mirando el piso para no tropezarse o clavarse algún fierro en la oscuridad espesa. A la izquierda, el río se deduce del reflejo chato y aceitoso de la luna y un manojito de estrellas sinuosas. A la derecha, una pared de tierra de tres metros coronada de matorrales y algún árbol insignificante: una pared lisa y vertical, como un colchón de tierra negra y carnosa apoyado sobre los escombros. Ángel se aclara la garganta.

- Che, y ¿enterrarla por acá?

Si Ángel rompe con su respeto solemne para apurarme, es porque realmente gasté todo el crédito de mi duelo en esta expedición fracasada. Pero yo no los obligué a venir conmigo. Cuando decidí

que iba a enterrar a la tortuga con el árbol-silla, fue Gabo el que ofreció excitadamente acompañarme (y de paso comer una bondiola). Cuando encontramos la reja cerrada, busqué por dónde saltarla y les dije que no se hagan problema y vayan a comer, que yo los alcanzaba en el puestito después, fue Ángel el que se tentó con la transgresión e insistió en que entremos todos juntos. Y estoy seguro de que si estuviera solo ya habría encontrado el árbol, enterrado la caja y vuelto. Pero hace media hora que me distraen los resoplidos de Gabo, el silencio de Ángel, el viento helado en los ojos, mis saltos de miedo.

- Banquen. Si no está atrás de la vuelta de allá, volvemos.

Acceden y seguimos en silencio. Acá en la oscuridad los ruidos dan miedo porque no tienen cara, entonces hay un instante de crispación entre escuchar un ruido, la imposibilidad de encontrarle la cara a ese ruido y la llegada de algún recuerdo tranquilizador de algo que vimos alguna vez y sonaba así. O parecido. O quizás no tan parecido. Y esos ruidos con sus pequeñas incertidumbres se acumulan y se calcifican, contracturan el esternón y las axilas, los hombros y la cadera, donde sedimenta el miedo. No tendríamos que haber fumado antes de meternos acá. El frío, el hambre, el miedo, duelen más cuando uno no puede ignorar que representan una fracción ínfima de la inmensidad que asedia la piel permanentemente. La Escala del Cosmos se vuelve opresiva, la indiferencia del universo cobra un sentido terrorífico. Desamparo.

Llegamos a la vuelta, y no hay nada. Nada más que río, y noche, y ruido, y tripitas retorcidas de hierro que salen de la negrura del agua.

Entonces no decimos nada y desandamos un poco. Y busco un lugar especial, algún cascote significativo, algo de magia en la máquina, y levanto un pedazo de concreto que más o menos parece una tortuga, deajo la caja abajo, le pido a mis amigos que se alejen para decirle chau, pienso que Data estuvo en todos los recuerdos de mi vida con su modesta referencia de estabilidad de saurio, que ahora se disuelve una piedra fundamental en el decorado de mi permanencia y le digo: tau, Datañán, como mi mamá cuenta que yo le decía antes de ir al jardín, y no hay plop ni alivio ni significa nada, y me siento profundamente estúpido.

Los caños ya no están. El agua los cubrió. De los cinco tubos monstruosos que trepamos para llegar sobresalen del agua cinco listones de metal naranja, separados entre sí por un metro y medio de oscuridad grasosa. Piso el primer listón, es resbaladizo. Para cruzar, tendríamos que meter las piernas y, Dios nos libre, las bolas en el agua infecta.

Gabo no lo puede creer. Ángel me pide pie para trepar la pared de tierra de atrás y le hago escalón, no puede subir, se agarra a unos pastos duros, grita y se suelta, nos caemos. Dice que sintió una rata. Huimos. Me raspé el tobillo izquierdo al caerme, está despellejado y sangra. Pienso en ratas hambrientas oliendo sangre en el aire. Pienso en el Reservito, criatura mitológica local, perro-rata nocturno que come carne fresca. Los tres estamos pensando en ratas, y en bichos, y en meter las bolas en agua podrida con cosas filosas y bacterias y tétanos. Pensamos en el tío de Ángel, que un día

borracho nos contó que de joven buceó en el riachuelo y le agarró ántrax, que es muy doloroso y un asco. Cómo nos reímos cuando lo contó. Cada uno, en silencio, está sopesando ratas y ántrax. Gabo resopla, se sienta y se pone los auriculares de su mp3. Ángel da un par de vueltas y se sienta un poco más lejos. Yo me siento al lado del cascotelámpida y me arranco tiritas de piel sucia del tobillo. Ninguno de ellos tiene señal como para llamar a alguien, ni buscar el horario de la marea, ni para subir una foto de esta situación ridícula a su muro, ni para ver un mapa. Yo no tengo música ni jueguitos, las imágenes amargas se deslizan por mi cabeza y las veo desfilar en cada punto donde apoyo la mirada.

La determinación fanática que me trajo acá buscando un árbol para enterrar una tortuga, se deshizo. La excitación de mis amigos por alinearse al impulso de una determinación fuerte, ese deseo común de ser soldado de una causa ajena, se aplacó.

Ahora esperamos. No sabemos cuánto ni qué, pero esperamos. Ninguno sabe nada de mareas, ni de ratas, ni del Reservito, ni de ántrax, ni de grandes problemas ni de grandes pasiones. Los grandes conceptos los reservamos para el futuro: ya llegarán esos problemas épicos, esas muertes absolutas y esos amores irreductibles que ameriten llamar pasión a lo que hasta ahora sentimos como pinceladas aguachentosas de colores vagos, llegarán mañana, o el mes que viene, o cuando seamos grandes. Mientras tanto, haciendo tiempo, no tenemos palabras lo suficientemente discretas como para nombrar nuestras pequeñas cotidianas pasiones intermitentes, nuestras guerras privadas que no llegan al susurro,

entonces no se habla. Pero hacer tiempo se vuelve cada vez más y más incómodo, más oneroso. En cada silencio luminoso entre el tic y el tac empieza a zumbar la sospecha de que el futuro tampoco va a traer esa inspiración determinante que encauce nuestro río en una dirección indudable, porque no hay río, sólo agua. Basta concebir esta terrible posibilidad una vez para reconocer la mirada de duda en los demás cada vez que aparece. Nos miramos incómodos, en una sala de espera donde no llaman a nadie, compartiendo el tic, el silencio luminoso, el tac; sin hablar de nada importante, sin creer digno de importancia nada de lo que nos pasa por ahora.

El Coyote suspendido en el vacío: venía corriendo apasionado, depredador, era su propio río límpido y escandaloso, y entonces algo pasa -esa sospecha- y mira para abajo. El abismo no existía hasta que lo vio. Se da cuenta de eso. Y cae.

Acá, aguantando, esperamos a que una marea de la que no sabemos nada actúe a nuestro favor. O a que las ratas, o el ántrax, decidan por nosotros.

Tic. Silencio luminoso. Tac. Esa sospecha.

El cielo negro se hace gris, los caños se develan. Mis amigos me putean cordialmente hasta la salida, todos nos reímos y cada cual se va a su casa en silencio.

En el rincón del patio, en el rombo dorado de la primera luz de la mañana, el gato gris ovillado refulge como mica. Una isla extraña, circular, que nadie vio llegar y está. Se agita una oreja y distingo la cabeza. A diferencia de una persona, un gato no

es la cabeza y las patas, sino más bien la cuerda serpentina que vincula el cuello con la cola, donde ahora brota una ola que termina alzando la cabeza gris. Los ojos me encuentran del otro lado de la ventana de la cocina, parado con un zapato en la mano y el otro todavía puesto, con la pierna izquierda vencida por el dolor, ojeras correosas y nariz colorada de estornudar.

Abro el tupper de Julia. Levanto la tapa de la tarta, separo varios pedazos de pollo en un platito y lo dejo en el patio. Miro desde la cocina mientras como el resto. El gato bosteza, se estira y se acerca a la puerta, cojeando con la pata delantera izquierda. No, su derecha, que está a mi izquierda. Siempre me confundo las direcciones, siempre.

Come con hambre, lo miro por la puerta del patio mientras me desinfecto el tobillo, me paso crema boliviana por el muslo y la frente, sorbo un té y trago un ibuprofeno. El gato se lame la pata débil, después la otra pata, y el pecho. La cuerda de su lomo lleva la cabeza a recorrer todas las partes del cuerpo, una por una.

Ah, mirá. Era una gata.

NOSTALGIA

Dejame que te diga un par de cosas sobre toda esta imbecilidad de la nostalgia. Me tiene las pelotas colmadas esta moda ridícula de extrañar a viva voz las virtudes inventadas de una infancia genérica, de ponerte la remera de los Thundercats y jugar al Monkey Island porque ahora es cool ser geek y carroñar los esqueletos pelados de las primeras tímidas invasiones del mercado masivo de homogeneización cultural infantil. Los noventa no fueron especiales ni interesantes: lo sé, estuve ahí, había suficiente tecnología como para estar más aislados pero no tanta como para saber aprovecharlo, la música era un desastre, todo estaba teñido, nadie estaba contento, y si lo estabas no era ni por Dragon Ball ni por Don Ramón, sino por alguna cosa íntima, algo personal e intransferible que no se puede poner en una funda de goma para que decore tu Iphone y le recuerdes al mundo que hace rato que tu pobre sentido de la ironía es una medalla de vacuidad melancólica y como generación semi-nativa de la sociedad virtual, desorientados y conservadores, decidimos por default extrañar la capacidad de extrañar recursivamente; como un hongo de un hongo o un parásito de parásito o como ese momento fatídico en que la tarta de sobras de cada domingo viene con sobras de la tarta de sobras del domingo anterior, hay algo en tu alma que lo sabe y lo juzga falso y deberías atender porque ese algo es inteligente, Nicolás, así que, ¿por qué tenía el ringtone de los Power Rangers cuando usaba este Nokia vetusto?

Tú-tu-turu-tú-tu, me despierta de un susto Alpha, el opa robótico, con un mensaje de Zordon. No, no de Zordon, del Rasta. «Llamame cuando te levantes, el Mono está en el hospital.».

Así que anoche el Mono fue al bar, lo encontró cerrado y se fue. Así que el Bebé Gigante acechaba cerca, lo reconoció y se lo marcó a otros 3 skinheads. Así que puño y bota, palo y cadena, corte y contusión, hemorragia interna, dos dedos rotos, una costilla perfora un pulmón, el Mono se atraganta con sangre, se desmaya y está unos minutos sin poder respirar. Así que si no fuera por una última patada al estómago que le provocó un acceso de tos que le hizo escupir, no la contaba. En el hospital, unas horas de coma inducido, y le están haciendo pruebas para ver si tiene daño cerebral por los minutos sin oxígeno. Habitación 125, el horario de visita es hasta el mediodía y son las diez y media.

Entonces: me lavo la cara, me toco el chichón, trago ibuprofeno, me visto, voy a agarrar un paquete de galletitas Sonrisas y veo a la gata, abro una lata de atún y se la dejo afuera, entra en un frenesí de placer ronroneante, hija de puta, salgo, ya estoy en el colectivo.

Entonces: pienso. El bueno del Mono, nunca le hizo mal a nadie, era tan bonachón que al principio me pareció un boludo alegre, pero en realidad era muy observador y se reservaba sus conclusiones, y hacía muy buenos chistes y era un excelente ilustrador, ¿por qué estoy hablando en pasado?, se tiene que recuperar bien, charlé pocas veces con él, apenas lo conocí. ¿Es responsabilidad mía lo que le pasó? no, ¿qué podría haber hecho yo?, abro las Sonrisas, pensá, si no le hubiera sacado el cuchillo al pelado, o si lo hubiera usado, "si hubiera, si hubiera", cualquiera. Si hacemos la denuncia ahora el Rasta queda pegado por lo del palazo anteayer, no sé cómo sería eso, ¿será grave? por ahí el Rasta

tiene antecedentes, seguro algo tiene. ¿Y si todos los del bar hacemos valer el cuero de las camperas y vamos a buscar a los skinheads? Lo veo mal, muy mal, si rasgo el velo de las anécdotas exageradas ninguno es un peleador nato. Lo cual es una suerte siempre, excepto ahora. Como Sonrisas, pienso, tres rapados en frenesí violento dándole patadas al bueno del Mono, patadas en la cabeza, botas de cuero negro contra la campera de cuero negro, un caparazón inútil, domesticado. Podemos reunir armas, facones, machetes. Pero para qué. El miedo al dolor, en una pelea, tiene el encanto de lo obvio: el alivio es físico, llena el silencio luminoso entre un golpe y otro golpe. Después de la pelea se puede pensar en qué hiciste mal, en qué podría haber sido mejor. Pero mientras dura, es pura reacción. Sólo sobrevivir. Envidio un poco al Mono. No, no lo envidio, ¿qué estoy diciendo?. Como Sonrisas.

Yo no estoy caliente todo el tiempo. Creo que eso de que los varones estamos constantemente alzados es una pantomima publicitaria que sostenemos para ejercitar la complicidad infantil y seguramente también, como decían mis compañeras militantes, para perpetuar la hegemonía opresora falocrática heteronormativa cissexual binominal patriarcal capitalista. Entre tipos, el tema "minitas" es, después del fútbol, la conversación por default cuando no hay nada evidente en común, y en esas charlas se permite y se estimula la exageración de la pulsión sexual. Entiendo la necesidad de dos desconocidos de salvar la hostilidad por default de la extrañeza confirmando que ambos

juegan al mismo juego, lo que no entiendo es a los que se toman esa ficción en serio para sí mismos. En cualquier calle de madrugada veo hombres borrachos, enfermos, tristes, impotentes y solos apurarse para decirle alguna guasada a una transeúnte, para baldearla con una mirada viscosa y alguna amenaza carnal que no tienen la energía ni la voluntad de llevar a término, y me parece una costumbre antinatural. No puedo entenderlo: en lo que a mí respecta, nunca me toma por sorpresa una calentura instantánea, absoluta e irrevocable que me desborde de mi propia noción de civilidad.

Excepto con Vicky, o Virgi, la amiga morocha del Mono.

La morocha tiene algo que me vuelve indigno de mí. No la conozco, habremos cruzado veinte palabras en todos estos meses de verla en el bar, no sé que tiene, pero cada vez que la veo se me subleva la caballada. Puede ser ese cuerpo soberbio, la espalda ajustada, las piernas altivas, las tetas repletas, puede ser su risa fácil y encantadora, o su cara pensativa cuando no está hablando con nadie y se sumerge en sí misma, los ojos negros se opacan y se clavan en el vacío y la boca sonrío o se tuerce o se muerde sugiriendo alguna historia leve e íntima, puede ser su perfume atávico que me reverbera en el hipotálamo, no sé qué es, pero algo suyo me excede, y ahora que la veo salir de la sala del hospital y me abraza y siento su tensión superficial palpitante contra la mía tengo que juntar toda la fuerza que dispongo, toda la contracción de mis nervios y la contricción de mis vasos, todo para no arrancarle las calzas y empotrarla contra la pared del pasillo en un rugido muscular jurásico. Ahogar

la bestia: volver a mí: contener el remolino de sangre descendente: recordar qué vine a hacer.

Busco un ancla alrededor. Los azulejos color cremita del pasillo del hospital. Un enfermero estrábico. El grupo de jóvenes rabinos, parados como molinos. Sí, ahí, entre ellos, un rabino viejo en silla de ruedas me mira fijo: tiene los ojos de la Escala, del juez del Segundo Luminoso. Necesitaba un testigo para ser culpable. Me separo del otro cuerpo como arrancándome un pedazo. Soy abatido y civilizado.

- ¿Cómo está?

- Se está despertando de a poco, pero está muy sedado.

- ¿Lo operaron?

- Si, tenía perforado un pulmón...

Llora. Le queda muy bien. Qué horrible soy, qué bien le queda el llanto. Vuelvo a mí.

- ¿Al Rasta lo viste?

- ¿A quién?

- Rasta, del bar, el de la rasta...

- Ah, Flori, si, no, vino conmigo, pero recién vinieron unos policías y se fue con ellos a declarar a la comisaría, va a hacer la denuncia...

¿Cómo es eso de "Flori"? ¿Cómo "vino conmigo"?

- ¿Qué dijeron los médicos, qué hay que hacer ahora?

- Ahora está estable, pero le tienen que hacer más estudios por si tiene lesiones internas. Flori me dijo que a vos también te quisieron pegar ayer, ¿no?

- Si, pero no fue nada...

- Le dio un palazo al tipo, ¿no?

- Si, también. Si.

- Por eso quería declarar él, sabía que iba a tener quilombo, pero creo que se sentía responsable.

- Claro, si. Puede ser.

- Yo le dije, que no es culpa suya, que no se sienta mal.

- Bueno, él sabrá, es grande.

Remarco "grande". Quiero ver su reacción, deducir qué relación tienen, pero suenan los Power Rangers y es el Rasta que pide que lo llame. Que está en la taquería, que lo van a tener demorado, que me pide un favor enorme: que vaya a buscar a Mamá Julia a Jardín de Otoño, que recién le avisaron que hoy no la pueden llevar. Si, por supuesto, ningún problema, voy ahora, acá se queda... si, Vicky. Virgi, si, Virgi. No, está bien, si me preguntan les digo que estás haciendo trámites o algo. Si, voy ahora. No es nada. Bueno, hablamos, chau.

- ¿Qué dice?

- Si. Me pidió que vaya a buscar a su mamá, no voy a poder ver al Mono ahora, tengo que salir volando. ¿Me das tu celular? Por cualquier cosa.

- Sí, te lo marco, haceme una llamada y te anoto. Andá, mandale saludos a Julia.

- Sí, claro. Le mando. Claro.

- Vos sos Nicolás, ¿no? Para anotarte.

- Sí, Nico.

Me voy con trancos severos, rumiando. Paso al lado del rabino viejo, evito mirarlo, sigo de largo, siento la mirada fija como un dedo en la nuca. Egoísta, inmaduro, caprichoso, pajero. Si hay testigos, soy culpable.

Extraño Google. Podría buscar datos sobre los

skinheads, que pensé que no existían más, y quizás mencionaría una banda de rock representativa y escucharía un tema, y después un tema relacionado, y después buscaría la letra de ese tema y me haría acordar a una persona, entonces iría a ver su perfil a ver en qué anda, y así. Extraño Google como se extraña a un padre, extraño a Twitter como se extraña a un amigo, extraño el Facebook como se extraña a una novia. Me paso el viaje fantaseando con que a Rasta le encuentren una causa vieja y lo metan preso y la morocha Virginia se abandone a mis recios brazos, y es espantoso porque el Rasta es mi amigo, y estúpido porque a Virginia apenas la conozco y absurdo porque mis brazos no son recios, pero la fantasía vuelve como un pop up de publicidad que rebrota, cada vez más frustrante. Me obligo a pensar en Clara, la voy a ver esta noche, pero sólo consigo que la fantasía se vuelva más elaborada y en ella Clara me deje o desaparezca, y de pronto pienso que eso sería bastante cómodo, no porque no la quiera, la quiero, pero no importa cuánto me guste algo, siempre me siento bien cuando termina.

Me pasé dos paradas. Corro hasta la dirección que me dijo el Rasta, una casa blanca al lado de otra casa blanquísima con una gran cruz azul en la fachada. Paro a respirar, me late la frente. El cartel de la casa con cruz está en tipografía Comic Sans, y le sigue una cita bíblica en cursiva, todo sobreimpreso en una imagen que es mitad una foto de una playa y mitad dos manos con una vasija, sin transición lógica, sin solución de continuidad ni criterio.

Templo Evangélico Pentecostal - LAS MANOS DEL ALFARERO

Juan 3:16 "Porque de tal manera amó Dios al

mundo, que dio a Su Hijo unigénito, para que todo aquél que cree en Él, no se pierda, sino que tenga vida eterna.”

Para los ateos natos, el optimismo religioso tiene el dulzor sospechoso de una fruta que está a punto de pudrirse.

Al entrar al recibidor de la casa me pongo instantáneamente alerta, como si me tirasen las orejas para atrás. Huelo limpiapisos de lavanda, escucho una tele en alguna parte, veo cartulinas y láminas de Jesús y quiero tirarme en el piso de linóleo y reptar. Quizás soy yo nomás, pero hay lugares que me aplastan. Museos, iglesias, aulas vacías, subsuelos. Algo hostil en el aire, otra gravedad. Ahora me muevo con cautela gatuna como si hubiera entrado en un habitación sin luz llena de gente dormida. Me detengo a ver la cartelera de actividades recargada, “Taller de cerámica!!!”, “Clases de swing jazz – a bailar!!”, “¡¡ORIGAMI!!”

- ¿Nicolás?

- ¡Ahh! Ahh.

Es una chica, de unos veinte años, petisa, rubia y pecosa, con una sonrisa desproporcionada que le achina los ojos. Su camiseta celeste reza “Amor es Sanar” en comic sans cursiva, y una cruz plateada que le cuelga del cuello tapa un poco el “Sanar”.

- Perdón, te asusté. ¿Vos sos Nicolás?

- Si, vengo a buscar...

- ...a Julia, si. Ya nos avisó su hijo. Vení conmigo.

Su sonrisa me inquieta. Hay algo raro en ella, una deformidad que no puedo precisar. Como un maniquí animado. La acompaño por un pasillo estrecho, camina rápido y la cruz salta de una teta

a la otra. Ahora tapa el "Amor".

- ¿Sos amigo del hijo de Julia, no? ¿Cómo está él?

- Bien, estaba con unos trámites de trabajo, por eso me pidió que venga

- Ah... porque llamó desde una comisaría, y pensamos que había pasado algo

- No, no. Era una cosa del trabajo.

- Pensamos que había pasado algo.

Pasa sin escalas de la sonrisa fanática a un gesto de preocupación, o de tristeza, o de concentración, no sé, no le entiendo la cara. Tiene los puñitos inquietos y pecosos. Una puerta del pasillo está abierta, hay una ronda de nenes girando, vigilados por un gordo pelado con la remera de "Amor es Sanar". Otra puerta abierta da a una salita oscura donde hay un pibe parado, de espaldas, flaco, de pelo casi blanco, con la remera celeste. Cuando paso se da vuelta, está acariciando un conejo blanco de ojos rojos, miro al pibe y no tiene cejas, la mitad de la cara es roja y sus ojos también son rojos y me miran, miro a la chica, busco respuestas, no las recibo. Estoy en el valle de lo inquietante, lo que se parece casi perfectamente a la realidad pero no lo es, una foto apenas deformada.

Salimos por una puerta, la luz del mediodía es cegadora. El jardín es grande, con un camino en el centro, algunos macizos de flores y una huertita sin ninguna planta pero señalizada con carteles de cartulina. Del otro lado, en una parte techada, hay diez o doce viejos a la sombra y Julia, semidormida en su silla. Todos los viejos miran intrigados y plomizos, como las manadas de bisontes en ese documental de Animal Planet cuando las deslumbra un jeep, como los zombies de El Amanecer de los

Muertos cuando se acercan a husmear la entrada del shopping, como los otros viejos que estaban en el otro asilo donde internaron a mi abuela, agazapados, haciendo tiempo, esperando. Cruzo el jardín al limbo, empuño la silla de Julia y me la llevo como robándomela, ella se despierta y suelta un «Chau, Beba» a una señora flaquísima que estaba al lado en otra silla de ruedas, murmuro algún saludo cuando paso al lado de la chica maniqué y no levanto la vista hasta llegar a la calle.

El aire real es dulce. Enfilo la silla y empiezo a caminar, aliviado.

- ¿Qué pasa?

- Ese lugar está lleno de freaks.

- ¿De qué? Esperate, ¿adónde me llevás?

- A su casa, Julia. Me llamó Florián, está trabado con unos trámites y no la podía venir a buscar él.

- Ah. Bueno.

- ¿Usted como está?

- Como siempre, mijo. ¿Vos no dormís, nene? tenés unas ojeras...

- Es que se murió mi tortuga.

Le cuento cómo la encontré, y lo de la plaza. Se entristece. Le cuento que quedamos encallados en la reserva. Se ríe. Es un buen público, reacciona apropiadamente. Llegamos a unas vías de tren. Agarré para cualquier lado. Siempre me confundo las direcciones.

- Me metieron un tren en el medio o no sé dónde estamos.

- Es que no tenías que doblar en la avenida.

- ¿Doblé? ¿Y por qué no me dijiste?

- Porque me gusta pasear.

Se ríe. Volvemos por donde vinimos, pero aho-

ra es cuesta arriba y bastante empinada, tengo que ir empujando. Le pido a Julia que me cuente algo ella mientras avanzo. Algo como qué. No sé, algo de su vida, le digo.

- ¿Y qué te puedo contar? A ver, soy de Bragado... hice la escuela normal... me recibí de maestra, pero mi papá no quería que trabaje, y a los 17 me casé con Octavio, que era el jefe de mi papá en el Banco Hipotecario.

- Upa. Pero ¿qué edad tenía?

- 42 años, 2 más que mi papá en ese entonces. Papá no me obligó ni nada eh, pero una noche lo invitó a cenar, me lo presentó y me contó que había enviudado hacía poco... mi mamá me había emperifollado toda, me prestó su perfume y todo, yo en esa época era muy mirada, reina de la primavera dos veces... cosa que durante la cena hablaron sólo mi papá y Octavio, de trabajo y de política, pero apenas se fue me preguntaron cómo me había caído y si me gustaba, en fin, que estaban muy esperanzados ¿no? Y a mí me había gustado, por lo poco que lo vi. Y nos casamos a los dos meses, sin conocernos casi, y nos vinimos a capital, que él había comprado la casa en un remate, impecable, por dos monedas la compró. Tuve suerte, era muy bueno conmigo, y era inteligente y hacía bromas, mi papá nunca hacía bromas pero él sí, muchas. Le agarré cariño, bah, me enamoré.

- ¿Y ahí lo tuvieron a Florián?

- Noo, mucho después. Al principio yo no quedaba embarazada, ¡y mirá que tratábamos eh! Je, je... pero no agarraba, y fui a doctores, pero no me encontraban nada raro.

- ¿Y a él tampoco?

- Él al principio no se hizo ver, en esa época se

suponía que el problema lo tenía siempre la mujer, y yo también creía eso. A veces me ponía muy triste, Octavio llegaba del trabajo y me encontraba llorando y yo le pedía perdón... ay, y ahí me abrazaba, me besaba, era tan dulce que terminaba riéndome de alegría. Ah, crucemos en esta.

- Si. Claro, cuando lo tuvieron a Florián vos debías ser grande... y él todavía más

- Mirá lo que pasó: resulta que un domingo vamos con el viejo al Tigre, y después de almorzar se tiró a dormir la siesta, así que yo me fui a la orilla, y andaba paveando ahí cuando aparece una criatura de no más de 4 años, un nene hermoso, rubio, hermoso. Y me saluda, y lo saludo así y nos ponemos a jugar, y al rato aparece la madre que lo andaba buscando preocupada, me agradece, me convida unos mates y nos ponemos a charlar sobre el nene que ya ni me acuerdo cómo se llamaba. Ella sí, ella se llamaba Azucena, y me acuerdo porque la cara me sonaba, el nombre me sonaba, y de pronto la veo ponerse pálida como un papel y miro y atrás estaba Octavio, parado con una cara de espanto que no le había visto nunca. Resulta que esta Azucena era su primera mujer, la muerta, que en realidad lo había dejado por otro y él le dijo a todos que se había muerto. ¡6 años de casados llevábamos entonces! ¿Vos podés creer que nunca me dijo? Después me decía que habiendo pasado tanto tiempo no sabía cómo decírmelo, y que para él sí estaba muerta. Ya, en esta doblamos.

- ¡Qué hijo de puta!

- ¡Epa, no eh! Mintió también por la familia de ella, para que no se anduviera diciendo que la hija de aquél es una reventada que lo dejó al marido. Y por un chico más joven que ella, además, ¡el guar-

davidas de la pileta del club! Asunto que yo me enojé y él se deprimió, y empezó a tomar, que antes nunca. Por esa época una amiga me contó que con el marido no podían tener hijos pero hicieron inseminación artificial y quedó. Y fuimos al lugar y decidimos hacerlo, y probamos y probamos pero nada, y él se deprimía peor, y trabajaba más porque el tratamiento era caro... hasta que un buen día, pum, quedé. Un milagro. Y era riesgoso, yo ya era grande, y no es como ahora que enseguida saben y si el bebe va a salir tonto se lo sacan. Gracias a Dios fue todo bien y nació Florián sano y fuerte como un roble. ¿Sabés que nació con los ojos abiertos, y no lloraba? Era un bebé hermoso, rubio, hermoso. Después se le oscureció el pelo, de más grande. Octavio no llegó a verlo, falleció antes de que Flori cumpliera los 5 años.

- ¿Cómo murió?

- Tenía una úlcera en el estómago y lo tenían que operar, era cosa de rutina me dijo el doctor, pero la anestesia le dio una alergia y se fue. No sufrió, gracias al cielo, pero quedamos solos. Ahí empezaron tiempos difíciles. Pará, entremos acá.

Entramos a una verdulería, donde Julia compra dos kilos de mandarinas y se hace la achacosa para que le regalen algunas más. Salimos riéndonos, llegamos a la casa, me invita a comer y seguir contándome, y cómo decirle que no. Y resulta que Julia tuvo una vida bastante jodida, problemas familiares, malabares con la pobreza. Empezó a salir con un hombre, viudo, que era cliente del negocio donde ella trabajaba. Se lo presentó a un Rasta que tenía 17 años y ninguna rasta, y él se tomó un micro y no volvió por 7 años. El novio no duró, pero

la arteriosclerosis llegó para quedarse. Y resulta que todo el optimismo que le queda lo pone en la cara y en las manos, porque lo demás se lo perdió a la vida: la belleza, la fuerza, las ganas, y desde hace un año más o menos, la memoria. Eso no me lo dijo, me di cuenta cuando entró a la cocina con las mandarinas. Me acordé de su cara de sorpresa cuando me vio en el Jardín. No sabe quién soy. Lo entiendo de repente, la avergüenza su deterioro y aprendió a fingir soltura en situaciones angustiosas: con un desconocido que debería reconocer, con el camino de vuelta a su casa que debería recordar. Ahora mira la mesa y habla del pasado que conoce, habla sola, como si rezara un rosario de recuerdos tan precisos que resaltan más la exasperante bruma de su memoria reciente. Mira la mesa, habla, a veces sonrío y vuelve a sumergirse. La bolsa de mandarinas sigue en la mesada, donde la dejó, al lado de una frutera repleta de mandarinas.

Dejame que te diga un par de cosas sobre toda esta imbecilidad de la nostalgia. A veces, pasa.

COMUNICACIÓN

Cuatro veces me acosté a dormir la siesta, cuatro veces me despertaron.

Primero, mi mamá: me olvidé de llamarla. Me pregunta cómo estoy y qué hice finalmente con Data. Le cuento más o menos, y pregunto cómo está ella. Muy angustiada, Nico, por lo que pasó con Raúl. Juro que estaba nervioso por la situación, que me expresé mal, estoy arrepentido, ponelo al teléfono y le pido disculpas, o no, mejor le digo en persona cuando lo vea.

- Nico, vos no creés las cosas que dijiste, ¿no?

- No me acuerdo bien qué dije, pero estaba enojado.

- Le dijiste que era bueno porque era un imbécil.

- No, no. No creo eso. Estaba caliente nomás, por todo.

- ¿Seguro?

- Claro.

- Nunca te había visto así.

- Me pegó mal lo de Data, y el tipo de la plaza me sacó... con Raúl está todo bien, no quiero que piense otra cosa.

- Bueno. Cuando puedas hablá con él entonces.

- Sí mamá.

- Uno de estos días paso por ahí, así saco la ropa que quedó en la baulera.

- Buenísimo.

- Estamos limpiando los armarios, Raúl va a regalar un montón de camisas y sacos que no usa, ¿los querés ver vos antes?

- No, pero gracias igual.

- No es imbécil ser bueno, sabés.

- Ya sé.

- Y vos sos bueno.

- Me tengo que ir má, nos vemos el domingo,

no, no sé, uno de estos días.

Segundo, Clara: me llama desde el trabajo, pregunta si a la noche podemos vernos en su casa, que sale tarde y la mía le queda a trasmano. Me nota raro.

- Sí, tuve un par de días muy raros, después te cuento. Pero ya está, ya pasó. Ahora voy a dormir un rato, que a la noche me veo con una chica increíble.

- Está bien, pero no te olvides de que después te ves conmigo.

- Uy, cierto. En Parque Chas sin el GPS, voy a llegar en dos semanas.

- Me quedo en el balcón agitando mi pañuelo y suspirando, me vas a reconocer, soy la del pelo.

- Bueno.

Tercero, Virginia: me aclaro la garganta para atender, me dice que el Mono está bien y lo tienen en observación pero el Rasta está retenido en la comisaría, no se sabe por qué, ahora está incomunicado, ella tiene que ir a hacerle las compras a Mamá Julia.

- Che Vir, hace un rato estuve charlando bastante con Julia. Tiene problemas de memoria, ¿no?

- Si, desde hace un tiempo... es por la enfermedad, va a seguir empeorando, Flori estaba pensando en ponerle una cuidadora. ¿No te contó?

- No me contó. Bueno, si mañana no salió el Rasta avisame así ayudo con algo, la puedo llevar a Julia al Jardín, o algo.

- Uy, sería muy bueno. Te aviso. Gracias, Nico.

- No hay de qué.

Estaba en una habitación de hotel y era el último varón del mundo. Lo sabía como sólo se sabe en un sueño, todos los otros hombres habían muerto, la Tierra estaba llena de mujeres. Yo me preparaba para revelarme y emerger gloriosamente como el Hombre, la apoteosis del macho, la única pija del universo, pero me daba cuenta de que ninguna mujer en particular ni ninguna fantasía sexual en particular ameritaba salir de la perfecta habitación. Entonces permanecía encerrado por años, comiendo, cantando, lastimándome para observar la curación. Las mujeres iban muriendo, había guerras, me iba a quedar solo. Me horadaba la carne en diferentes lugares y con diferentes herramientas y sabía, como sólo se sabe en un sueño, que en alguna de esas excavaciones iba a tocar la superficie de algo que estaba creciendo adentro mío y que mi forma humana se esforzaba en contener: algo divino, mineral, un tubérculo o un insecto. Yo escarbaba como quien no quiere la cosa, si no me importara encontrarlo, pero estaba lleno de miedo porque en algún momento iba a salir, se iba a liberar de su envase, iba a ser algo brillante a costa mía, y yo no quería.

Cuarto, la gata: me caminó por encima, se puso abajo de mi axila y se acostó ronroneando como un motor. No sé cómo entró. La acaricio, se me quedan los pelos en las manos. Me lame el brazo tres veces y me muerde. La revoleo de vuelta al patio.

Revolver café. El sueño me dejó una sensación de culpa imprecisa. Lo que crecía adentro, que no era yo, me tenía como obstáculo para su alivio-felicidad, porque si yo me hubiera abandonado, si

aflojaba, el ente habría podido trascenderme inmediatamente (esto también lo sabía). La gata tiene hambre, puedo alimentarla o matarla, o soltarla para que dependa de otro o de sí misma, pero si elijo la inacción activamente y aplazo la decisión de su alivio-felicidad, mi espera la va a hacer sufrir, porque la espera sólo es placentera si el alivio depende de uno: estar sucio, porque tengo ducha, estar famélico, porque tengo comida, aguantar orgasmos, porque puedo procurarme orgasmos, y cuando la ducha, la comida y el orgasmo me den una cantidad mucho mayor de alivio-felicidad, me agradeceré por haberme oprimido antes. Ser como el viejo sádico canceroso de El Juego del Miedo, que torturaba gente para que aprecie el valor de la vida, pero victimizándose a uno mismo: ese es un buen sistema recursivo para apreciar las cosas sencillas, una máquina de movimiento perpetuo y alegrías prudentes.

Tengo alivios cautivos. Clara retiene ese alivio potencial con el que fantaseo sin querer: si ella me cortara, yo no me sentiría responsable de su satisfacción emocional, de cumplir con algunos mandatos de pareja. Mi padre retiene mi alivio potencial, podría llamarme y, en vez de preguntarme cosas que no le interesa saber y se olvida, avisarme cuando necesita que le dé una mano con el laburo. O no llamarme, decirme que se va a vivir a una ecoaldeas sin medios de comunicación y que no espere contacto. Mi madre podría comunicarse sólo para avisarme que es feliz, aunque no lo sea. Todos podrían morirse y aliviar mis responsabilidades.

Por cada alivio cautivo tengo un alivio rehén. Yo podría cortarle a Clara con cualquier excusa o ninguna, podría pelearme mortalmente con mi

papá, hacerme monje, mudarme a una ecoaldea. Podría morirme yo también, pero eso por ahora no me interesa, mi máquina de automotivación sigue funcionando.

Me duele la frente y no puedo sacarme esta sensación opresiva de estar perdiendo el tiempo. Recuerdo el tamagotchi trucho que tenía de chico, una mascota virtual que había que alimentar y cuidar y crecía hasta morirse, pero yo siempre apretaba el reset del aparatito antes de que se muera, y a veces se reseteaba solo, así que lo olvidé y se sulfató en algún cajón sin que nunca lo viera morir. Quizás el cabezazo del pelado me pegó justo en el botón reset.

Le saco una foto a la gata, voy al ciber a imprimirla. Antes, entro a facebook. Tengo mensajes nuevos, en la vista previa veo el "hola!" de una desconocida y me excito, pero el único contacto en común que tenemos con esta chica es una banda reggae malísima, y en su foto de perfil está chupando un mate, y hace acrobacia en tela, y sube citas de Galeano, y temo que tenga tatuado un mandala o un signo del horóscopo maya o una frase de los Beatles en cursiva. Ya me decepcionaré en otro momento. Mientras no abra ningún mensaje, los remitentes no pueden saber que los vi, entonces no abro ninguno y recorro muros sigilosamente, sin comentar ni poner Me Gusta, para que no se sepa que estoy conectado. Entro al perfil del Mono y busco entre sus amigos a Virginia, no la agrego, veo en su Información que estudia Antropología en la UBA, le gusta el brit pop y Woody Allen, Calle 13 y Piglia, está en una relación pero no pone con quién, la muy turra.

Clara no está en su balcón. Toco el timbre, un toque largo y uno corto, y entonces la puerta del balcón se abre y salen un jazz suave y Clara. Efectivamente, no está rapada, el pelo negro sigue intacto, hoy recogido en un jopo y con un moño rojo. El viento le ondea el vestido y traza un mechón de humo desde la brasa de su cigarrillo. Es hermosa, perfectamente irreprochable. Yo, en cambio, me tiré a descansar un minuto cuando volví del ciber y me quedé dormido, después me bajé mal con el bondi, estoy llegando cuarenta minutos más tarde de lo que le dije, tengo los ojos hinchados y el cerebro mullido por exceso de siesta, y la camisa abierta como un Bee Gee porque perdí un botón tratando de plancharla.

Abre la puerta y sonrío. Nos besamos fuerte en la entrada. Me subyuga su perfume, es áspero y un poco dulce y me genera como una angurria olfativa, como el olor de un libro nuevo o de una fábrica de pan o de un patio con jazmines. Lo huelo profundo y con avidez, como si se fuera a ir, o como si pudiera gastarlo todo sin saciarme nunca, hasta que me sacio.

- Uy, ¿qué te pasó en la frente?

- No es nada, nena. Tendrías que ver al otro tipo. Le dejé los nudillos irreconocibles.

Me mira seria. Me regodeo un poco con su preocupación. Soy peligroso, para mí mismo, pero peligroso al fin.

- No, me golpeé con un estante en el bar.

No me cree. Miento mal.

- Debés haber pegado el estirón.

- Debe ser eso.

Con los tacos es exactamente tan alta como yo.
Quizás un poco más. Subimos la escalera oscura.

En su casa escucho un bajo y una trompeta.
No lo puedo creer: este tema lo conozco.

- ¿Night in Tunisia, no?

- ¡Sí! La de Gillespie.

Sonrío y hago un ruido de haber entendido,
aunque realmente no sabía que Gillespie tocaba con
Dancing Mood. Cuán multifacético el gordo.

Un bólido naranja surca el piso: la gata Miya,
que normalmente se deja ver echada derramando
toda su gordura, viene trotando y me embiste un
tobillo y empieza a frotarse salvaje, le tiemblan los
rollos en un ronroneo grosero, como un eructo per-
petuo. Me río y la aparto, y ahora corcovea sobre
su lomo como una manguera suelta y abierta, y su
sufrida columna vertebral busca firuletes y pliega su
cuerpo macizo.

- Miyagi, ¿tenés tétanos?

- Miau.

- Te juro que no sé qué le pasa, desde hoy que
está así. Cuando la castré me dijeron que podía
tener falsos celos.

- Por ahí siente el olor de la gata.

- ¿Qué gata?

- Tengo una gata en casa.

Saboreo el momento de tener novedades para
contarle, y a ella le brillan los ojos. Si, le puedo
contar del skinhead, del Rasta, de Julia, de Data, de
la gata, de Raúl, de la reserva, de Ángel y Gabo,
del Mono, de Virginia, hay muchas cosas para con-
tar y entretener mientras tomamos y fumamos lo
suficiente para atontarnos un poco y, ahí sí, más

disueltos, sacarnos la ropa. Miya tiene la panza pegada al piso y la cola tiesa y nerviosa, y reptaba hacia atrás para sellarme el zapato con su culo vibrante. Abrimos el vino.

La primera vez que vine a esta casa, hace dos años, estaba irremediablemente enamorado de Clara. Ella había faltado un par de días al trabajo en el call center -qué exasperante llenar de esperanza cada minuto y que ella no llegue, el brote pisado, el germen tántrico de su potencial entrada y su potencial sonrisa de alegría impúdica que me imaginaba era sólo para mí, cómo se me retobaba el tiempo entre las manos cuando ni mi torpe compañía ni el bono de presentismo alcanzábamos para tentar esa sonrisa a venir y nutrirme-, la llamé para ver cómo estaba y estaba muy mal, el novio con el que convivía había llegado pasado de merca, se habían peleado, él la sacudió y la empujó. Había conseguido echarlo amenazando con llamar a la policía y a su mamá, y había sacado todas las cosas de él al pasillo. Al día siguiente las cosas no estaban, y en su puerta estaba pegada una servilleta del bar de la esquina que decía "Perdón. Cuidate". Vi la nota esa noche, algo en la letra infantil y el trazo apretado inquietaba. Cuando la llamé seguía aterrada, recibía llamados desde números desconocidos. Fui a la casa "a hacerle compañía", porque era "su amigo", y tomamos vino, y fumamos porro, y a las 5 de la mañana bostezó y la besé. "¿Que hacés, boludo?" me dijo alejándose, "No sé, perdón, cualquiera" le respondí. "Cualquiera", confirmó, y se rió de mi cara

de nervios. "Qué boludo" "Perdón" "No me pidas perdón" "Perdón. No, perdón.". Y se mordió el labio inferior como constatando que sí, efectivamente era un boludo, y cuando me fui me dio un beso infinitesimal en la mejilla que me llevé ardidado en la epidermis dos semanas. No me acuerdo de qué hablamos antes ni después de ese momento, pero me acuerdo de los nervios al entrar al departamento semi vacío, del regreso a mi casa a la madrugada aturdido de sueño y de alivio y de beso, y de su cara, hermosa, cuando se mordió el labio. Tenía el pelo fucsia, muy corto.

Ya no hay rincones vacíos en el departamento. En el piso están los juguetes improvisados de Miya: chapitas, cajas de fósforos, tapas de lápiz labial. Sirve el vino y planeo contarle todo, empezando por la muerte de Data, pero me pongo a recordar anécdotas con el tortugo y por algún motivo no puedo cambiar de tema, y ahora casi nos terminamos el vino y ya fumamos mucho y se me caen tres lágrimas mientras hablo de cuando le pegaba las figuritas repetidas en la parte de abajo del caparazón. En este instante no sé de qué veníamos hablando, y por su cara de extrañeza deduzco que dejé de hablar yo en mitad de una frase, pero no puedo recordar qué estaba diciendo. Odio esta sensación de que el porro me deja más idiota que a las otras personas. Me pongo colorado y me late la frente. Nos miramos en silencio, pienso en besarla pero ya encendió un pucho. Voy al baño, me lavo la cara, vuelvo. Es muy loco, le digo, a cada rato tengo el impulso de mirar cosas en mi celular. Como un miembro fantasma, me dice. Claro, le digo, y la beso despacio. Estoy torpe, tengo las manos

ausentes y la boca muy seca. El bajo de Tunisia vuelve a sonar, ahora como un bostezo modulado.

- Volvió a empezar. Voy a poner otra cosa.

Arrodillada en la silla, su culo perfectamente tenso en el vestido me hace sonreír, me relaja.

- ¿Porqué no ponés algo de lo que hacía con Malosetti?

Me mira confundida, y después se ríe

- No era ese Gillespie.

- Ya sé, te decía, si no querías poner algo de Malosetti, por ejemplo.

No, no sé. Sabe que no sé. Miento mal. Ahora deduzco que debe haber otro Gillespie más viejo y relevante que el figureti local, pero qué se yo, si no entiendo, si me falta sofisticación. Si se muerde el labio enternecida por mi ignorancia (como hizo esa vez que fuimos a ver una obra y en la función me sonó el celular y después cenamos con sus amigos actores tan ingeniosos y tan gays y me cargaron toda la noche, como hizo en esa fiesta de gente de la facultad en que todos hablaban de política y yo trataba de meter algún chiste pero no, como hace siempre que viene a buscarme al bar y trato de esconder lo borracho o drogado que estoy, como hace siempre que trato de esconder) la mato. Repliego, me levanto para ir al baño, me doy cuenta que acabo de volver del baño, pero ya me vio pararme, así que voy igual. Me miro al espejo, tengo los ojos incendiados. Estoy torpe. En el living sueñan Los Redondos, en lo que siempre congeniamos. Cuando salgo del baño está mirando su facebook, y prendió otro pucho. Me siento, me lleno el vaso de vino, ella se sienta al lado y me sonríe. Hablé dos horas sobre mi tortuga y estoy muy fumado. Miya se pasea untando su cráneo lascivo por los

ángulos de los muebles. Clara me escuchó las dos horas con ternura, y me pesa esa ternura porque me reduce a perrito cabezón y ojón, a niño demasiado extravagante para su propio bien, a abuelito borracho que se cagó en una fiesta. Ojo que soy un hombre, quiero decirle, ojo conmigo que si no me atajo soy un peligro, quiero creer, que no sé de jazz porque no quiero, porque es mierda chirle para putos sensibles y yo soy bruto, macho, rústico, te puedo lastimar jodido, ojo con mirarme así, como si no fuera una elección mía ser un poco torpe, un poco nervioso, un poco lento, como si no pudiera someterte y violarte, porque puedo, es sólo que no quiero. Te tomo de la cintura y te planto el beso que indica que se acabó la conversación. Pero tengo la boca seca, y me cuesta respirar porque de lagrimear por Data se me aflojaron los mocos. Ojo conmigo. Suena Esa estrella era mi lujo, una canción bien del Indio, de esas que pueden significar minas o merca o cualquier cosa de la vida que te esté preocupando, los versos adaptan su forma al caso, como una tirada de I Ching: "¿Era todo? Pregunté. Soy un iluso."

Resulta, Clara, que aunque busque no encuentro un motivo para que dejes de gustarme. Y eso es todo.

Cuando por primera vez te dije que te amaba, Clara, tardaste exactamente 4 segundos y medio en responder que vos también. Me estalló el pecho, la nuca, las manos, las palabras. Seguimos diciendo esas palabras, también, cuando la explosión inicial empezó a asentarse: lo decíamos como recordándonos esa primera conmoción, como amigos que repasan una vieja anécdota compartida, un código.

Después seguimos diciendo las palabras, cuando la explosión asentada se tapaba de polvo, y las dijimos para animarnos mutuamente cuando el hastío se palpaba en un silencio prolongado, y las dijimos pidiendo disculpas, y dando explicaciones, y al despedirnos después de una noche un poco distante nos repartimos el pan del "te amo" con buena voluntad o como limosna, y "te amo" de invocación necromántica y teamoteamoteamoteamoteamo hasta que se convirtió en el nombre de un hijo perdido, entonces pruebo cambiando el acento de las palabras, la musiquita, la pronunciación, y las palabras se desarmen y tiro de una lanita suelta en un suéter de códigos internos y sigo hasta que se convierte en una montaña de lana de sentidos que no sé tejer, teamoteamoteamo pienso, y abajo de mi pecho transpirado Clara dejó de moverse y gemir mientras la penetro muy lento y profundo -abrí los ojos Nicolás-, entonces abro los ojos, y veo sus ojos abiertos extrañados y escucho algo, es mi propia voz susurrando, repitiendo en un murmullo constante ese mantra de resurrección, teamoteamoteamo con la liviandad disoluta de quien hace dibujitos en una libreta mientras habla por teléfono.

Estoy torpe.

Sonrío como una hiena, me muevo para que se ponga encima. Me gusta verla así, imaginar un vector que sale de mi pija y la atraviesa a lo largo. Ella se mueve y yo la miro, perdido. Miro su costilla, la flor que le tatuó un ex novio, un hibiscus me dijo que era ¿no? y para qué me va a decir mal. Cierro los ojos, transformo el escenario, la figura, me quedo sólo con la sensación en la pija y busco una fantasía adentro mío, evoco las últimas que me funcionaron, evoco escenas memorables, evoco la

segunda noche con Clara y evoco las calzas de Virginia, y todas las imágenes acuden, pero ninguna funciona. Me doy cuenta de que no voy a poder acabar, estoy más borracho que drogado y más perdido que presente. Abrí los ojos, Nicolás. Ella se mueve desde la columna vertebral, como una gata, y yo me incorporo para agarrarle la cintura, metérsela más adentro y moverla más rápido, me abraza la cabeza, huelo su piel, no siento el perfume, se mueve más y gime más, yo también gimo, calculo, hago coincidir mi estertor gutural con el suyo, nos movemos lento y dejamos de movernos, nos sonreímos, nos besamos. Me saco el forro vacío, lo dejo fuera de vista. Se acuesta al lado mío, nos sonreímos, voy al baño. Aprovecho para tirar el forro al tachito, me lavo la cara, me sueno los mocos. Ya pasó. Es fácil fingir el orgasmo, pero casi imposible fingir la naturalidad de la dulzura posterior.

Cuando vuelvo del baño, va ella. Antes, nos sonreímos.

GRAVEDAD

Qué mierdoso es el café de máquina. Qué mierdosas son las sillas hechas para esperar, las paredes de salpicré cremita, el altarcito de la virgen, los monitores de tubo amarillentos, digo, ahora que me fijo, qué mierdoso es todo en las comisarías. Y encima están llenas de canas. Pasaron muchas cosas muy rápido, y recién ahora paro a recapitular. Tengo la sensación de que esta mañana me desperté cayendo por una catarata en un botecito, chocando contra las rocas y gritando, y el bote se destrozó, y después agua y espuma, y ahora estoy tirado en una costa de una zona desconocida, sin bote, sin mapa, tosiendo agua y mirando al sol.

- Ahora le devuelven sus cosas, firma unos papeles y lo dejan salir.

Me dice Virginia, y se sienta al lado de su novia Picho, que le agarra la mano. Miro las manos enlazadas y Picho me mira. Los tres miramos al escritorio del subcomisario, a la nuca del Rasta sentado, que parece congelado, excepto por la mano que firma los papeles que el abogado y el policía le van poniendo adelante. Tenemos una ansiedad de película de terror por ver su cara, por tratar de adivinar cómo está, si va a ser víctima o monstruo: no hace ni una hora que el abogado le informó sobre la muerte de su madre.

Me despertó el llamado, "Tengo que atender" le dije a Clara, y atendí a una Virginia totalmente desencajada, incomprensible, y pensé que le había pasado algo terrible al Mono. "Julia se mató, se mató en el tren, la pisó el tren", y tardé muchos segundos en entender las palabras tartamudeadas, en concebir la idea inabordable, mi cerebro se expandió como un globo gigante y se llenó de nudos,

le dije a Virginia que ya iba, dejé a una Clara desconcertada y aturdida y viajé con un pitido en los oídos hasta la puerta de la casa de Julia, patrullero, vecinos curiosos, empujo a un notero de Crónica, un policía me detiene en la puerta, Virginia desde adentro me hace pasar. “Él también la vio ayer”, dijo cuando entré, y me preguntan cosas, y mis datos, y de qué había hablado con ella, si la había visto deprimida. “No creo, no sé, no, no la conozco mucho, me contó cosas de su vida, del marido”. Virginia había ido a la tarde a llevarle las compras y la vio mirando fotos viejas, un poco ida, y Julia le contó las mismas cosas que a mí hasta que Virginia tuvo que irse. Cuando volvió a la mañana para llevarla al Jardín, la policía ya estaba en puerta: los vecinos habían reconocido la silla de ruedas en las vías, donde a Julia la había arrollado el tren. Casi no había cadáver, trozos, sangre, pulpa, jirones de tela floreada y jirones de órganos enhebrados en las ruedas de la locomotora y dos vagones más. No hubo tiempo para mucho análisis policial. La ferroviaria mandó un equipo de limpieza especializado, con unas pistolas de agua a presión y unos cepillos de metal. El tren tenía que seguir. Juntaron las partes sólidas en dos bolsas verdes grandes, las dejaron a un costado y se fueron.

El pitido en mis oídos volvió o estuvo siempre; las vías, ahí la había llevado yo la tarde anterior, sin querer. Se lo digo a los policías: la llevé yo ayer, sin querer, siempre me confundo las direcciones, doblé mal. Y se miraron entre ellos en plan “caso cerrado”, en plan “tuvo los medios y el motivo”, pero no dijeron nada. Me van a arrestar, pensé, pero yo estuve con Clara, ella es mi coartada, y los miré desafiante pero ellos no me miraban. Estaban mi-

rando la mesada, donde había dos frascos de pastillas vacíos, un único vaso, la frutera con mandarinas, algunas brillantes, otras con moho. Lo veo: Julia mirando fotos, Julia mirando los frascos. Julia vaciando los frascos, ordenando las pildoritas, ¿pensando? ¿en qué?, y sirviéndose un vaso de agua, tomando las pastillas rápido, con tragos cortitos. El vasó está lavado, lo veo: Julia dándose cuenta de que lavó el vaso sin pensar, qué absurdo. Y agarra las llaves. Dos bolsas verdes llenas de jirones. Mientras los policías, resueltos, juntaban sus papeles, mis ojos pintaban y ordenaban irremediablemente las diapositivas de la muerte. Los pequeños ruidos cotidianos que debían haber sido el réquiem de Julia, con su cara afable de abuelita.

En ese momento llegó una mina petisa y gruesa en jean y campera de jean que le dio a Virginia medio rivotril y un vaso de agua, la besó, me midió, se presentó como Picho y me dio un buen apretón con una mano de nudillos grandes. Y dije "Rasta" y me dijeron todavía no lo largaron, va a salir ahora, y dije otras cosas, me disculpé por algo, balbuceé bastante, traté de hacer un chiste, acepté un rivotril, vinimos a la comisaría. El rivotril lo bajé con un trago cortito, de otro vaso.

No estoy tirado en la costa desconocida mirando al sol. Estoy todavía en el bote a la deriva, haciendo agua, sin timón ni vela ni remo, y amansado por una niebla gomosa de rivotril sé que el bote se acerca a otra caída abrupta y trato lentamente de calcular la altura de la próxima catarata ineludible, sin más referencias topográficas que una nuca tiesa de la que sale una sola, larguísima rasta.

Picho metiendo al Rasta, a Virgi y a mí en el asiento de atrás de un taxi. El Rasta mirando abajo y adelante, concentrado en un punto que se mueve con él, siempre a la misma distancia, un punto lleno de respuestas que sólo pueden verse de lejos. Picho pagando el taxi, haciéndonos entrar a la casa donde ya no hay más policías. Picho fumando un cigarrillo con fuerza, hablando con un tipo de la funeraria, intercambiando papeles, el Rasta siguiendo a su Punto hasta otra pieza y cerrando la puerta. Los policías se dirigen a ella, el forense se dirige a ella, Virginia recibe órdenes de ella, Picho haciéndose cargo de la situación, rápida, pragmática, sólida. La puta que te parió, Picho, no puedo ayudar, me sabotaste. Tomo café, trato de despejarme y recuperar mis reflejos mentales, mi fortaleza psíquica. Nunca me demostré tener esas cualidades, pero tampoco tuve hasta ahora motivos para desplegarlas, y celo una seguridad infundada de que si no fuera por el puto rivotril, opio de yupis y amas de casa desesperadas, podría decidir cosas con la misma sangre fría de viejo veterano. "¿Podés ir vos a arreglar el lugar?" me dice Picho, calando el pucho con cara de Clint Eastwood. "¿Qué lugar?" "La iglesia. Para el velorio. Les va a llegar el cajón a las 15 y tiene que estar todo.". "¿Qué iglesia?" "La iglesia a la que iba ella, Nicolás. De donde la trajiste ayer."

Y salgo de inmediato, pisando fuerte y rumiando, para probar que también puedo reaccionar rápido ante la urgencia, y en la calle me doy cuenta de que no me acuerdo dónde era y tampoco sé exactamente qué tengo que hacer. Cuando llego al

templo, después de perderme y preguntar, Picho ya llamó y habló con los animadores, que me esperan en la entrada, todos juntos. Qué precavida, Picho, la puta que te parió.

Se acercan a mostrarme sus caras de pena, a tocarme con preocupación, cada uno quiere su pedacito de deudo para consolar, el albino que vi ayer me abraza y tiene olor a jabón Heno de Pravia y a aserrín. Estoy rodeado y me siento bien. Ya arreglaron el salón y hablaron con el pastor, ¿quiero tomar un café?, si, gracias, me dejo llevar a un lugar que parece el comedor de un club de barrio, con sillas ordenadas en filas frente a un atrio y a una mesa larga donde irá el cajón. La nube de querubines celestes me lleva a la primera fila y me invita a sentarme, la petisa de rulos me trae un café y se sienta conmigo, me pregunta cómo está Florian, cómo estoy yo, tiene su mano cálida en mi muslo y me caliento un poco, le digo que estoy desconcertado por lo que hizo Julia, que siento una responsabilidad por haberle mostrado las vías, ella me dice que no, no es culpa mía, me palmea el muslo, ahora sí estoy caliente, ella sigue consolándome pero no la escucho y miro la cruz plateada apoyada en sus tetas, no sé si me parece linda o me asusta su optimismo pero tiene buenas tetas, se nota el relieve de un corpiño armado como una armadura acolchada, asiento y sorbo café, me la imagino salvaje, ruidosa, ella furia y yo rigor, llega el pastor. El pastor está parado enfrente mío, enfundado en pantalones beige, camisa y sonrisa blancas, le doy la mano sin levantarme, se sienta al lado mío y la petisa se va. Me cuenta que Julia no se confesaba ni rezaba, me habla del pecado del

suicidio con delicadeza exagerada, pero Dios es amoroso y perdona, y me explica que cuando hable va a evitar referirse directamente a eso y que todos van a rezar por su alma, me excuso para ir al baño, me dice que puedo usar el de su oficina. Me siento sobre la tapa del inodoro, me bajo los pantalones, me empiezo a pajear. Me imagino a la petisa, después agrego a otra de las animadoras que me abrazó antes, pero interfiere el albino. Resoplo y vuelvo a empezar: la petisa. Viene Virginia. Interfiere Picho. Resoplo. No tengo rienda, se me desboca la fantasía. Termino de pajearme repasando unas escenas porno de referencia, acabo rápido, con una cantidad prudente de placer, supurando los gotones de semen que no salieron anoche adentro de un capuchón de papel higiénico que me puse como sombrerito cubriendo la punta de la pija. Se me retuercen las tripas, mucho café y nada de comida, levanto la tapa del inodoro, tiro el sombrerito lleno y le cago encima. Me levanto más tranquilo, más liviano y ajustado, soy un hombre nuevo y mejor. Me lavo la pija en el lavamanos, como si la bautizara.

El pastor habla de ovejas: ovejas descarriadas que vuelven al rebaño, ovejas que Dios ama, ovejas que caen en la tentación, y alguien, que espero no haya sido también Picho, se ocupó de mandar a hacer una gigantografía con una foto de Julia joven, que sonrío con una mirada inteligente en un atril delante de su cajón y se tambalea con cada brisa que entra por la puerta. A mi derecha, en primera fila, Picho le agarra el muslo a Virginia que

le frota la espalda al Rasta. Al salón siguen llegando viejos y dejándose caer en sillas. No son amigos de Julia, los animadores los arrastran desde el jardín para llenar, y ellos van un poco por deber moral: hoy por ti, mañana por mi. El Rasta ubicó su Punto al frente, y lo mira serio como una gárgola.

- Mamá no se suicidó. Me la mataron.

Eso me dijo cuando llegó, con voz de recién despierto y un gesto con el dedo índice como diciendo "Yo sé lo que te digo, piscuí". Entendí que se refería a los skinheads, y que creyera eso me pareció tan absurdo como riesgoso, pero todavía no es el momento de hacerlo entrar en razón, está en shock, mirando al horizonte a través de la gigantografía. Además, no podría convencer a nadie de nada, estoy fundamentalmente estúpido, no sé si por la situación, por la pastilla, por falta de sueño o por naturaleza. El pastor habla de ovejas y Beba, la flaca y estirada vecina de Julia, se sienta atrás mío y me toca el hombro en señal de reconocimiento, trayendo un vaho de perfume rancio y talco. Picho todavía me mira como a algo que sacás de la heladera y está podrido.

"Picho, el cajón que trajeron está vacío." le dije por teléfono cuando todavía no había llegado nadie, en tono de reproche victorioso. "Vos no digas nada. Después te explico.". Y después me explicó, con brusquedad intencional, que de Julia habían quedado dos bolsas verdes, que la policía no las juntó a tiempo, y las bolsas chorreaban, y se acercaron tres perros que viven en la vía con un linyera, y rompieron las bolsas, y los policías fueron a amenazar al linyera que los puteó a todos y nadie lo quería detener porque estaba loco y nadie quería juntar lo que se había desparramado. El de la fune-

raria le dijo esto a Picho que, en vez de agarrarse la cara y dar respingos como hice yo, decidió poner el cajón vacío.

Perros, ovejas, gatos, tortugas. Qué tienen que ver esos bichos con el mundo, me quieres decir. Por qué los arrastramos con nosotros a esta reserva de humanos e insectos y les forramos las patas de asfalto. Bueno, las ovejas no, esas ya llegan a la ciudad carneadas, pero a las mascotas sí, las arruinamos. Acorralamos su instinto, mutilamos su manera de sentir, devoramos su imaginación y su modelo de pensamiento. Bueno, las mascotas no, no tienen un modelo de pensamiento. Pero a las otras personas sí. A las personas se las secuestra en una forzada ilusión de superioridad, se las hace trotar sobre el asfalto que uniformiza el efecto de la gravedad, para separarlos más de las leyes del mundo, y después cada bache es un espaldarazo en el ego condicionado, una contracción involuntaria en la ilusión que hace eco y rebota contra la Escala del Cosmos indiferente, y en los segundos de sorpresa y susto de un bache se entreve que nuestro poder sobre el mundo es ínfimo y estamos gobernados por el caos y la entropía que se ríen de nuestra escafandra polarizada de ilusión de control burguesa. Digo, que si no hubiera gravedad, no necesitaríamos asfalto, ni siquiera podría lotearse la tierra, imagina un mundo sin posesiones, donde la gente se comunica al azar, con mensajes en botellas, relacionándose aleatoriamente y posándose el uno en el otro por lo que dure la voluntad de ambos de sostenerse mutuamente, o las ganas de vincularse literalmente, con sogas que los unan, enredándose con otros vínculos pero reservándose siempre la posibilidad de romper amarras, cual-

quier amarra o todas, sin consecuencias.

Qué boludez.

Julia sonríe inteligente y se bambolea un poco en el atril. Alguien cierra la ventana para que no entre más corriente.

Beba sorbe café

- Julia estaba muy mal.

- Aj .

- Es un espanto.

Sorbo agua

- Se le iba la cabeza, y cuando volvía se mor a de vergüenza. Era orgullosa, muy reservada, muy de ella.

- Aj .

- Y esos momentos de lucidez se iban a volver cada vez peores. Mi marido...

- Aj .

- Mi marido estuvo muchos años así, diez años lo cuid . No me reconocía, y cuando me reconocía se ponía a llorar de vergüenza, por lo que me costaba cuidarlo. Estuvimos casados tres años antes de que le d ... lo que le dio, y después diez años de puro hacerle de enfermera nomás. Dicen que fue porque fumaba mucho.

- Claro.

-  l era mayor que yo. Cuando tenía tu edad estuvo en la revolución mexicana.

-  En la de Pancho Villa?

- No, él estaba con Pascual Orozco.

- Eso es interesante.

Sorbe café. Sorbo agua.

- Ya tengo noventa y tres años.

- Ajá.
- Estoy cansada.
- No parece. De noventa y tres, no parece.
- Muchos años sola. No tengo hijos... hago todo sola. Cuesta.

Sorbo agua.

- Julia tenía al hijo, pero para peor porque es orgullosa, era orgullosa, se sentía una carga. Yo la entiendo, lo que hizo.

- ¿Qué cosa?

- Y, lo que hizo... eso que hizo. El cuerpo no está preparado para vivir así, la cabeza tampoco. Te vuelve...

Se golpea la sien con un dedo.

- Puede ser.

- A mí me parecía que lo venía pensando. Yo la entiendo.

- Y, si no tenía esperanza de mejorar y ya estaba harta... por ahí fue lo mejor...

- Si, fue lo mejor. Yo no tengo hijos... pero entiendo.

Beba me mira seria, interrogante. Me mira y me incomoda, su aliento y el perfume me repelen. Trato de mostrarme empático y sostenerle la mirada. Va a decir algo, se corta y vuelve a empezar varias veces.

- Pero yo no podría hacer una cosa así sola. Julia era más fuerte.

Sigue mirándome. Le tiembla el labio inferior. Se le ponen los ojos vidriosos.

- Sola no.

Hay algo en esos ojos de pez. Me están preguntando algo. Son ojos de ruego patético. ¿Qué me está pidiendo? ¿En serio?

Un grito me hace saltar como un gato, un grito

rípido y fuerte como de metal retorcido que se sostiene hasta agotar los pulmones del Rasta, que está doblado en su silla para seguir sacando de adentro aire, tripas, metal retorcido, algo áspero. Respira, se hincha, vuelve a gritar mirando abajo y adelante, a su Punto lleno de respuestas que no pudo asir, todos lo miran, alguna señora llora, el pastor se le acerca, el Rasta agota sus pulmones, se deshincha. Respira lento. Se para. Mira el cajón, mira la foto. Se da vuelta y se va. Ahora está parado en la calle. Me la mataron, le dice a Virginia, que no lo retiene. Se va por el mismo camino que la silla de Julia hendía en el asfalto todas las mañanas excepto las dos últimas, y no me animo a seguirlo.

**MUERTE
MUERTE
MUERTE**

En cada miedo a lo nuevo, en cada resistencia insalubre y en cada ansiedad irracional cotidianizada está sentada la Muerte. Meciéndose un poco, cruzada de patas, con un vermú en la mano y un plato con quesitos, tostadas y berenjenas en escabeche. La Muerte no tiene drama y le va muy bien. Circula alegóricamente las meriendas de domingo, los programas de chimentos, los mensajitos de madrugada entre ex amantes, las palabras extrañas en libros inútiles, la lista infinita de videos relacionados de youtube, los pogos de tres o mil personas, los mercados de antigüedades, el sarcasmo, el aplauso en los cines, los autos siempre lavados, las selfies con hijos recién nacidos, todas las revistas, todas las tormentas, todas las limosnas, todas las conversaciones triviales de cortesía que pisotean el silencio como la insistencia frenética de un niño invisible que quiere atención.

Sin embargo, cuando las personas quieren evocarla directamente, se acobardan de mutuo acuerdo. La paz eterna de su soberano vermú está garantizada por nuestro propio cóctel de omertá y síndrome de Estocolmo.

Clara

"Estás raro", me dice. Sólo le pregunté qué piensa de la eutanasia, mientras sirvo dos fernets en mi cocina."Ya hablamos una vez de esto", me dice, pero no me acuerdo. Aunque ahora me acuerdo, sí, lo hablamos, o más bien yo me emborraché y despotriqué durante una hora o tres acerca de la crueldad institucional, la deshumanización de la moral judeocristiana que confunde cualquier sufri-

miento con martirio sagrado y los esquimales que cuando están viejos se suben a un iceberg y se van flotando o algo así leí una vez. "Ah, si" le digo. Fue cuando mi abuela estaba decididamente senil y necesitaba tres acompañantes que se turnaban para cuidarla las 24 horas. Mi padre, yo, mis primos y mi tío político nos reuníamos a organizar, darnos noticias, planear con cara de preocupación cómo cuidarla los siguientes meses, y yo tenía ganas de gritar lo obvio, lo que me parecía obvio, pero encontraba miradas esquivas, y alguna aseveración preventiva del tipo "hay que hacer todo lo posible", a la que seguían más miradas esquivas. Entonces libo mi fernet distraídamente, y me olvidé de brindar antes del primer trago como hacemos siempre, y le pido perdón y no hay problema, pero es tan frágil y tensa la membrana de nuestro propio lo-obvio que no resiste treinta segundos de incómodo silencio. "¿Qué te pasa, Nico?". Nada. Sonríó como un muñeco de ventrílocuo. "Estás raro". Puede ser, y no tengo ganas de contarle lo que pasó con Julia y explicar por qué no se lo conté antes, porque no sé por qué. "¿Por qué preguntabas, te acordaste de tu abuela?", no, no, es otra cosa. "¿Qué?", no sé. Y pausa. "Por ahí no es el mejor momento para hablar esto, Nico, pero..." pero nunca es un buen momento. Nunca es un buen momento para hablar de lo importante, siempre es particularmente incómodo: que ando con problemas en el laburo, que ella se peleó con la mamá, que es época de parciales, que se viene su cumpleaños y no da, que tenemos planes para las vacaciones, y así nos ocupamos de llenarnos de obligaciones reales o ficticias para que nunca brille sobre el asfalto la luz del día perfecto para decir: cortemos esto, sacrifiquémoslo a

su salud, lo que sea que sea esto, porque se mezclaron las inexactitudes de una relación descatalogada con los pequeños pactos de supervivencia que fuimos acumulando, y los acuerdos implícitos están turbios, y maldijimos tanto las relaciones explícitamente convenidas que ahora sería una derrota proponernos tener una. Además, no tengo ganas de que probemos con otro tipo de relación, y vos tampoco, porque estamos aburridos. Hace meses que nos aburrimos, pero sostenemos la forma de nuestros hábitos mutuos apostando a la posibilidad de volver a tener más momentos maravillosos, posibilidad que va decreciendo mientras se agolpan incomodidades y se tensa la membrana de lo-obvio, y a medida que los buenos días y las buenas noches juntos ralean perdemos la esperanza, y ese aburrimiento toma formas grotescas, entonces veo tu mirada amante convertirse en gesto paciente, la ternura mutar en tolerancia, y esa sombra de abnegación en tu comisura me desencaja, me llena de vergüenza y bronca infantil, y claro, Clara, esas no parecen las condiciones propicias para pedirte que seas mi novia, ¿no? Porque lo que quiero es amputarte de mí; hace unos días o mil años, en el Desvío, un pibe me contaba sobre sus plantas de porro, ama sus plantitas con devoción, sonreía enamorado contándome los cuidados que les prodiga, y cuando me hablaba de cortar las hojas secas para que la planta crezca mejor, ah, Clara, cómo pensé en vos, perdoname, habrán sido las flores que fumé que por cierto eran una bomba mental, pero en ese momento tuve perfectamente claro que nuestra relación era hojas secas para ambos; a los pocos días regaba las plantas del patio y me acordé del pibe, y todas las plantas del patio tenían hojas secas o carcomidas y las podé

todas, llené una bolsa entera, ahora el cantero está hermoso, Clara, me siento a tomar mate a la mañana y pienso poner una linda santa rita, un nomeolvides, una madreselva y un jazmincito del país, cuidarlos bien para que den perfume, por ahí poner una mediasombra o mejor aún un tinglado donde colgar una parra.

Divago.

Divago mucho en mis pensamientos, pero no digo ninguna de estas cosas que pasan atrás de mis ojos. En la cocina nos decimos las mentiras que preferiríamos sentir, nos endulzamos por cariño y por miedo, y entonces volvés a sacarte la cartera que te habías puesto; en el sillón cae el telón, se nos escapan un par de verdades y crepitan hasta el grito y el silencio, y entonces te querés ir; en la parada dejás pasar dos bondis y llorás y te corro el pelo y te beso la frente, la mejilla y la boca y nos besamos hasta decir mmm, pero preferís que no volvamos a mi casa, y nos abrazamos hasta la ternura, hasta la flaccidez, hasta que por última vez en mi vida memorizo la patente del taxi en que te estás yendo, jota ele pe siete setenta, sólo por si acaso, por sana paranoia, por si necesitara recordarla.

Y me viste despedirme, irme, y sin querer vi que sin querer me viste reírme sin querer.

Vos me gustás tanto, Clara, tanto, más que mis pequeñas felicidades, más que fumar y dormirar al sol en la plaza, más que llevar a otra chica a mi casa, más que la aprobación tácita de mi padre, más que el queso crocante de la pizza de provolone en lo del genovés Parodi, me gustás más que saber qué es lo correcto, y me gustás más que ya haberlo hecho, pero más que vos me gusta este alivio inmenso de que te vayas y no vuelvas.

Es hermoso soltarte, perderte y quedarme solo, ser menos tuyo y más mío, y perdón, te quiero pero me reí sin querer, volví a casa riéndome sin querer, esquivando gorriones y porteros y repitiendo, jota ele pe siete setenta, jota ele pe siete setenta, por si acaso, por si necesitara recordarla.

Papá

No podemos hablar mucho mientras imprimimos las camperas. Cuando trabaja, papá no pasa más de 5 minutos sin un pucho en la boca. Es curioso, porque el resto del tiempo casi no fuma: sólo cuando trabaja, hace asados o arregla algo en la casa. Cala entrecerrando los ojos. Yo también hacía eso, cuando fumaba. En tres horas de humo espeso y radio am de tango terminamos la stampa de 120 camperas de egresados de un colegio técnico, y paramos para almorzar.

Papá no tiene mucho tiempo, a las 3 va al club vasco, donde hace cinta, nada un rato y después comparte el sauna con otros señores que, como él, redescubrieron sus raíces étnicas justo a tiempo para que la boina de rigor les tape la calvicie. ¿Se dejan la boina en el sauna? Pregunto otra vez, para darle el gusto. Ya no, dice riéndose, y otra vez me cuenta la del gordo Zorriguetti, que se desmayó de calor ahí sentado, con los brazos cruzados y la boina puesta, el gordo no era de hablar mucho y como no le veían los ojos nadie se avivó, y recién a la media hora se cayó para adelante, pummm, y quedó ahí en el piso, culo para arriba y con la boina puesta, la ambulancia llegó y la esposa seguía tratando de ponerle los pantalones. Espero a que

termine de contarme otra vez la historia. Quiero hablar de la abuela, confirmar mi sospecha de que él también consideró que los últimos cuidados fueron un teatro que humillaba su recuerdo, pero empiezo contándole lo de Julia y estudiando su reacción. Asiente, mirando para abajo con las cejas levantadas -señal de estar sopesando la desgracia-. Le cuento lo de las tripas enredadas, las bolsas despazurradas, me mira serio, adelanta la cabeza con las cejas bajas, -se está preguntando por qué le cuento esos detalles morbosos-. No, me está mirando la frente. Me golpeé con la punta de un estante, le digo, y alza cejas y tuerce boca -piensa en que soy torpe, recuerda accidentes infantiles evitables-. Antes de que pueda seguir me pregunta por lo de Data, que le contó mamá, y por la pelea con Raúl, y le cuento que ya enterré a la tortuga y me voy a disculpar con Raúl y parece conforme. Igual medio boludo es, le digo, y sonrío un poco -no tanto, no traiciona su orgullo- y me pregunta si los fideos están buenos, y sí, están muy buenos, -aprendió a cocinar bastante bien cuando se separó de mamá-, y empieza a explicarme cómo limpiar el calamar y sacarle la espina, que comprándolo entero es barato y sacás para rabas, salsas, paellas, y le pregunto qué opina de la eutanasia. Lo toma por sorpresa.

- ¿La eutanasia de quién?

- De cualquiera. Alguien que necesita ayuda, que está cansado de vivir, pero no puede matarse solo.

Frunce las cejas primero, después las alza y resopla -está pensando la respuesta correcta-.

- No sé. Es algo delicado, si no puede matarse solo, si un sujeto está tan débil del cuerpo o la mente que no puede, por ejemplo, tirarse por la

ventana o tomarse un par de cajas de pastillas para dormir, entonces seguramente esté deprimido, y hay que pensar si la decisión de matarse de una persona deprimida es una decisión racional. La decisión de matarse no es razonable, para empezar.

- Pero si el estado de debilidad es irreversible, o progresivo, la depresión no se va a ir, ¿no? ¿o se puede acostumbrar a todo uno? Y si hay una posibilidad mínima de recuperación, mucho peor, alimentar esa esperanza por años mientras empeorás y empeorás.

- La abuela tenía momentos de lucidez hasta unos meses antes de morir, ¿te acordás?

- Me contaste vos, yo nunca la volví a ver lúcida desde que tenía a las cuidadoras.

- Tenía sus días buenos.

- Y... ¿nunca te... pareció... que...?

- Me lo dijo ella. Que no quería vivir siendo una carga.

Si. Estaba seguro. Siempre dijo eso, desde que yo era chico y ella empezó con achaques incuestionables de vejez. Y cuando se le empezó a infectar la memoria, y se olvidaba palabras y nombres y se veía venir lo que se venía, lo repetía más, y ya no como una muestra de su orgullo férreo sino como el ruego de una anciana que implora piedad a los seres que se la deben, que le deben gratitud y respeto, y era recibido con un silencio lúgubre, una niebla de culpa disuelta en grupo.

La voz de mi viejo se quiebra

- ¿Pero cómo hacés, si es tu mamá?

Entonces veo sus ojos cargados y se me detiene la sangre -basta, basta-, desestimo el asunto, pido perdón, cambio de tema, es que estoy medio bajón porque corté con Clara, uy, por qué, pregun-

ta y se pasa el puño de la camisa por la frente, “por qué cortaron, qué pasó”, ah, las cosas y el tiempo, sucundún sucundún, canto y se ríe y se suena la nariz como por casualidad y hablamos de las relaciones románticas, y le pido que me explique de nuevo lo de limpiar el calamar, y se hace tarde y me voy.

Camino de vuelta, tironeado por una furia fría en las manos y caliente en el pecho, de sabor familiar, intacto a pesar de los años, pensando, puntualmente, en mi prima Juana, y en el momento en que abrí la puerta de la habitación justo cuando se murió mi abuela.

(Después de 20 horas de agonía, 1200 últimos minutos entrando de a uno como el reverso de un parto, me voy a duchar a casa, vuelvo al hospital y la abuela se muere como si el último hilo que la sostenía hubiera estado atado al picaporte que giré para entrar, pensé que nunca se iba a ir de mis yemas la sensación de su frente helada pero ya pasaron los años y es un poco menos intensa, aunque me sigue extrañando idénticamente pensar en sus ojos, y esos ojos ya se habían vuelto minerales mucho antes de su muerte física, cuando la senilidad se la robó, y en realidad lo que recuerdo es buscar mirada en ojos muertos y tocar la frente fría y sentir Todo; y es que cuando la última tía murió picada de un cáncer largo, mi padre quedó solo a cargo de la abuela que ya necesitaba atención constante, al poco tiempo empeoró y hubo que ponerla en un hogar, un hogar feo, deprimente, pero muy caro, que estaba a dos cuadras de otro hogar más lindo y el triple de caro, y papá no podía pagar ese, y mi prima Juana se encargó de maltratar a mi padre, que era su padrino, con una

crueledad metódica que yo nunca había visto, y mi padre estaba indefenso, recién se estaba enterando de que había constelaciones de sentimientos con las que no podía solo, pero ya tenía como 60 años y un armazón emocional inexpugnable que le impedía dejarse ayudar, en cambio mi prima había nacido en un medio hostil y dominaba el arte del abuso, y la saña con que culpó y agredió a mi padre indefenso me reveló una naturaleza humana nueva -vas a internar a tu mamá en ese nido de ratas, es tu mamá, se va a morir sola-, nunca había visto los movimientos de un alma tan ruin y nutrida de mierda como la suya -en una entrevista el médico encargado del asilo nos comentó que a veces descubrían a las viejas que se encerraban en el baño para tocarse y entonces tenían que romper la puerta del baño y detenerlas porque eso está mal, pero no, lo que está mal es matar la vida de los vivos y forzarle la vida a quien ya está muerto, eso no está bien señor, faenar viejos y embutir su muerte en tus convicciones mal heredadas-, y mi prima insultando con su desprecio a su padrino, que es mi padre, que es el hijo de mi abuela a la que yo debería haber matado cuando visité ese asilo y escuché a ese médico y mordí la mirada muerta de los ojos piedra, no me faltó decisión sino coraje, yo sabía lo que debía hacer y no lo hice, la abuela cagó sangre podrida por 1200 minutos que no eran necesarios, en el entierro éramos once pero habló un cura por voluntad de alguien y cuando en su monólogo gastado habló de "todos los que la amaron" éramos once y Juana acusaba a mi papá con la mirada y lloré de rabia y sentí Todo, la abuela al horno, el polvo a la tierra y cada cual a su casa y ahora, y esto es lo primero que sé siempre,

mataría a mi prima Juana cualquier día que la encuentre, y no sentiría Nada.)

Rasta

- Me vuelvo a Tailandia.

- Qué.

- Ayúdame con esto.

Agarro un costado del sillón y lo llevamos por el pasillo.

- ¿Cuándo te vas?

- Tengo pasaje para el viernes.

No sé qué decir. Siento que tendría que discutir, pero es bastante razonable, si lo único que lo ataba a Buenos Aires era Julia. Examino al Rasta, no parece deprimido ni rabioso. Quizás más serio que de costumbre, más abstraído, pero resuelto. Llevamos el sillón a la vereda, y después una repesera de mimbre, cajas con ropa que embaló Virginia, y la cama enorme la dejamos en medio del pasillo porque es imposiblemente pesada. Nos sentamos en el sillón en la vereda, esperando al camión del Ejército de Salvación.

- ¿Qué vas a hacer allá?

- Me voy a quedar en lo de un amigo un tiempo, pegar algún laburito hasta que acá se venda la casa y el bar.

- ¿Vendés el bar?

- Y si, para qué lo quiero.

- Claro. O sea, no volvés.

- No.

Me habla de cuando vivía allá, de las playas blanca, la gente de bondad y maldad sencillas, la comida, las costumbres. Que todo lo que hacía

allá, trabajar, ocuparse de la casa, todo tenía un dejo de placer, la certeza de que ése era su lugar y el orgullo de haberlo encontrado. Hasta lidiar con la policía violenta y corrupta tenía un *je ne sais quoi* encantador.

- ¿Un qué?

- Un qué se yo

Recuerda y sonríte, y qué le puedo decir, si esta idea lo alivia tanto, lo pone tan feliz, que lo hace suspirar en francés sentado en un sillón que emana el perfume de su madre recién muerta. Su sonrisa se cae, lo descubrí contento en pleno duelo. Carraspea.

- Aunque también me acuerdo que cuando estaba allá fantaseaba con volver acá. Mirá, todos los días pasaba cerca de un local que tenía un toldo de lona, ¿no? Y cuando al toldo le daba el sol fuerte, yo pasaba y sentía el olor a lona caliente, y extrañaba Mar del Plata. ¡Mar del Plata! ¡Desde el paisaje más hermoso que pisé en la vida, extrañaba la Bristol!

- Todo es más lindo si está lejos.

- Ah, ¿ya te acercaste a todo, vos?

- No...

- Entonces, no te quedes tranquilo con las generalizaciones.

Cuán Rasta de su parte. Casi casi pensé que lo estaba conteniendo.

- ¿Fuiste al cementerio?

- ¿Para qué? No es mi mamá lo que enterraron. Es un cuerpo. Y ni siquiera eso.

Mira a los costados, saca un porro y lo prende. Cala hondo y me lo pasa, niego con la mano, larga el humo.

- Mirá, no soy boludo. A mamá le quedaban

unos años muy duros por delante, y ella lo sabía. Pero no se mató. Fueron los skins, y estoy seguro.

Silencio.

- No me creés. Mirá, cuando fui a declarar por el Mono me retuvieron para ver antecedentes ¿no?, y el abogado averiguó después que había sido una orden de arriba. Retenerme esa noche, no procesarme. Pará. Sigo. El jueves yo había hablado con un pibe, te conté, un punki amigo que sigue en la telenovela de pegarse con fachos, y le describí al pelado que te pegó a vos, a ver si lo conocía. Me dijo que sí, era fácil porque es el único que no tiene tatuajes visibles, le dicen Carlo, y el tema con Carlo es que trabaja en el ministerio de seguridad. Si, yo tampoco lo podía creer, parece que la mamá tiene un cargo y lo metió. La cosa es que desde que labura ahí, hace un par de años, cuando uno de su banda cae en cana lo sacan a la media hora, y están todos mucho más zarpados.

Silencio.

- Deben haber ido al bar esa noche para agarrarme a mí, lo encontraron al Mono, y después este Carlo averiguó que vivía con mi mamá y armaron todo.

- ¿Y las pastillas?

- Las plantaron ellos, boludo. O la policía cuando vino, para que quede como suicidio. Mamá no tomaba pastillas.

Asiento. Pero no me cierra. De todos los suicidios que podrían haber armado, justo tirarse al tren, y justo en el lugar donde yo la llevé sin querer esa tarde. Es mucho, demasiada coincidencia, y no le puedo decir por qué, no quiero.

- Cómo se va a matar sin dejar ni una carta.

Se me estrujan las tripas de culpa.

- No me creés.

- Sí te creo.

- No. Pero no importa. Yo sé que pasó así, pero no tengo pruebas, y aunque tuviera mil pruebas me las cajonearían. Por eso me quiero ir lo más rápido posible, porque si me quedo es para hacer una locura y cagarme la vida.

Asiento. No le digas nada, Nico, para qué, es lo mejor, se va a ir lejos y por ahí es feliz, en qué va a ayudar que lo trates de convencer de una realidad más amarga. Que por ahí ni siquiera es la realidad, ¿no?, es cierto que lo de que no haya carta es raro. Y es raro que lo hayan demorado en la comisaría, también, y que hubiera pastillas si no tomaba. Puede ser que tenga razón.

- Escuchame, Nico. No es culpa tuya, esto. No sé qué pasó esa noche, pero era el pelado el que quería quilombo, y si no se peleaba con vos se iba a pelear conmigo o con cualquier otro. Iba a ser lo mismo.

- Gracias, Rasta.

- No hay de qué.

Cala hondo y saluda con la mano a alguien en la vereda de enfrente: Beba, que está saliendo de su casa con un perrito. Mira inquisitiva, se acomoda los anteojos y cruza con lentitud geológica mientras el perro ladra y se exaspera en varias direcciones, orbitándola como un electrón. Beba avanza tironeando la correa y chistándolo.

- Esa era una amiga de mamá.

- Si, la conocí.

Beba nos saluda, dice que claro que se acuerda de mí, si hablamos ayer, el Rasta le explica que se va del país, que si le interesa alguna cosa que se la lleve, y ella nos deja la correa y se pone a revol-

ver. El perro apesta, tiene un olor que se te queda en las manos, como de cebolla podrida. Es una especie de pequinés con ojos blancos y saltones, se llama Max, es ciego y tiene dos dientes. Mientras Beba separa cosas de las cajas, Max se acuesta y lame su gigantesco falo concienzudamente, como haciendo crochet. Rasta y yo miramos hipnotizados. Continúa igual durante diez minutos, hasta que Beba me saca la correa de la mano y lo tironea, del perro sale un sonido como de patito de goma. Beba chista. Me pregunta si le puedo cruzar una caja que separó, de donde sobresalen almohadones, cuadros, un decantador y otros chirimbolos inútiles. Sí, por supuesto. Y cruzo.

La casa de Beba huele fuertemente a Max, a humedad y a insecticida. El living es enorme pero casi no se puede caminar, está atestado de muebles más o menos descuidados, todos llenos de cositas, frasquitos, cajitas y recortes, las paredes llenas de paisajes, retratos, naturalezas muertas descoloridas. El sol entra por las rendijas de unas persianas de madera roídas por la quietud, el sol es un puñado de bastones amarillos llenos de motitas grises. Dejo la caja encima de una pila de revistas alta como una mesa. Cuando me muevo, las motitas grises se alborotan. Por una puerta entreveo la pieza, una cama arreglada en medio de cajas, diarios y botellas coloridas alineadas como caracteres de algún lenguaje arcaico. La porquería se reproduce selváticamente, pero respeta un camino: de la cama al baño, y del baño al living, a un sillón arraigado enfrente de un televisor, que tiene de un lado una mesita con suficiente espacio libre para una taza, y del otro lado una cucha llena de pelos malolientes. Casi puedo ver a la vieja pasando sus mañanas,

tardes y noches abulonada al sillón, con la inteligencia atenta a programas que no le pueden interesar a nadie, haciendo tiempo, mirando ofertas, distrayéndose sólo para chistarle a su perro onanista, imagino su mano escuálida, huesuda y manchada revolviendo el chuker en el té reciclado, su mirada ausente, toda ella ausente perdurando y haciendo tiempo hasta la hora de ir al templo. Una sala de espera.

Beba me hace cruzar tres cajas más, hasta que llegan los del Ejército de Salvación para aguarle la fiesta, entonces alza a su perro hediondo, que no puede caminar mucho por la diabetes, y se va a hacer la compra.

El Rasta me indica que lo ayude a subir un armario al camión.

- Esa sí que está más sola que la una.

- Seguro.

No puedo sacarme de la cabeza esa imagen. La vieja harta, viviendo por inercia, la vieja podrida en su sillón con su perro podrido lamiéndole los tobillos, y pienso un poco en mi abuela, y en Julia, y es absurdo, la idea es absurda pero no deja de parecerme tan natural, piadoso, y por su bien decido matarla lo antes posible.

COAXIAL

La última vez que tuve un día tan estancado de ansiedad tenía 9 años y un pasaje para ir a Disney al día siguiente, y pasé la tarde en una inquietud diabólica, deambulando vibrante por la casa con las manos zumbantes como si hubieran cortado el nesquik con anfetamina. Así me siento ahora, como pasado de anfet. Volví de lo del Rasta pensando en cómo iba a hacerlo, en la mejor manera de matar a la vieja, procurando el menor sufrimiento para ella y la impunidad para mí. Fui al ciber con la idea de googlear venenos indetectables, instrucciones para usar una cerbatana, para abrir una cerradura, para ahogar a alguien con una almohada. Pero sentado enfrente de la compu me vino a la memoria un caso que leí porque el título era interesante, en que un pibe mató a su familia y se entregó, y el pibe parecía un enfermito de manual y lo iban a mandar al manicomio, pero la policía descubrió que antes de entregarse había ido al peluquero a hacerse la media americana, y antes de eso al ciber, y el ciber guardaba los historiales de búsqueda, y vieron que el pibe había buscado y estudiado perfiles de psicópatas para preparar su defensa, y entonces lo mandaron a cárcel común, y me acuerdo del caso porque en mi opinión eso de matar a la madre y salir a googlear me parecía bastante merecedor del rótulo de psicópata. La posibilidad es remota, pero voy a hacer lo que voy a hacer, sí, y si por alguna torpeza mía o una casualidad la policía me investigara, y si viera que me bajé mi modus operandi por internet, cagué la fruta. Entonces descarté el plan y entré a facebook. Estaba demasiado ansioso como para recorrer, pero la solicitud de amistad de Virginia me distrajo totalmente de mis planes letales durante un rato: la

acepté, miré sus fotos, elegí una y la memoricé para masturbarme más tarde, cosa que hice en cuanto volví, ante el atento escrutinio de la gata.

Soy (decidí más tarde, mientras cantaba y podaba las plantas del patio) la mano angelical, la espada ardiente, el fiscal de la Muerte piadosa. Soy crucial. Voy a ser crucial.

Tengo un plan. Todos los capítulos de CSI y Law and Order que ví me asisten. No puedo arriesgarme a meterme en la casa de la vieja: aunque tomara mil precauciones, estuve ahí a la tarde, seguro dejé huellas y pelo, seguro soy el único humano que entró a esa casa en años, y si la policía encuentra el cuerpo ahí y sospechan algo me van a buscar, y no podría resistir un interrogatorio. Entonces, tengo que hacerlo en otra parte, cuando la vieja salga a comprar, a pasear a Max o al templo. El problema era encontrar un lugar sin transeúntes, pero se me ocurrió que la vieja debe ser ese tipo de señora que se levanta antes que los pájaros. Entonces voy a su calle a las cuatro de la mañana, y hasta las cinco recorro el barrio, y ubico tres baldíos cercanos. Entro con paso gatuno en los tres, hay basura, cascotes, electrodomésticos rotos. En uno de los baldíos hay cuatro personas acostadas, los colchones viejos ocultos entre pastos más altos que yo. Duermen rodeados por bolsas y carros de cosas inútiles, como la vieja.

Tengo que hacerlo hoy, de inmediato. No puedo pensarlo demasiado, no puede pasar por la sensatez de mi almohada. Hay tantos motivos, de tantos órdenes, para no hacerlo, que si le concedo

audiencia a la razón, me va a terminar convenciendo. Pero no hay vuelta atrás, porque hay una parte de mí decidida a hacerlo, una parte desconocida que se reveló cuando vi el sillón de la vieja, y admiro y envidio a esa parte que me imagino fuerte, segura, arriesgada. Por contraste, los reproches de mi moral parecen producto del miedo y la vagancia, de una naturaleza tímida que tiende a la tranquilidad y la quietud, a la intrascendencia, a ser prudente, ocupar poco espacio, evitar merecer castigos y hacer tiempo, inmóvil en la sala de espera. No quiero ser esa parte de mí. Quiero ser protagonista de algo, tomar la acción, llevar mi voluntad a la carne, cambiar un rumbo, salir cortando. Entonces, no pensar. Sobre todo, no pensar en el peligro, no pensar en la cárcel, en 20 años en Devoto, o 5 años, o una semana, con mi nariz inofensiva y mis manos domésticas en una selva brutal de la que no sé nada. No pensar. Pero es difícil, casi imposible descarrilar el monólogo interno ahora, cuando lo que tengo que hacer es quedarme quieto y acechar. Encontré un lugar ideal en la esquina, cerca de la parada del bondi, y desde acá vigilo las dos puertas: la del Rasta, para esconderme si llegara a salir, y la de la vieja, para matarla. Las primeras luces del día aparecen rasgándose en las fachadas grises de mausoleo. Los faroles siguen encendidos. Miro un cuarzo brillante que cuelga en medio de la calle, distingo el filamento, se graba en la retina. Creo que en los cuarzos no se llama filamento, es un tubito de vidrio que se llama "vela". Parpadeo fuerte, y me llevo el fantasma violeta y verde a otros fondos. Pasa un bondi, no para. Seguramente el chofer se alegra de que no lo haya parado, de no tener que subir a ese flaco con capucha puesta y con anteojos

de sol que mira el cielo con la boca abierta como un idiota drogado.

Creo que si fuerzo mi voluntad y finjo valentía, si junto mis referencias para forjar la forma de la seguridad y me revisto de esa estructura, esa forma va a llenarse como por efecto vacío, y esa parte nueva de mí va a ir ganando espacio, y voy a ser ese hombre que piensa y hace lo que cree correcto, que no duda, al que no mueven honores irreflexivos ni detienen peligros mundanos, el que acepta sus fracasos y se equivoca cada vez menos. También creo que si cedo a la prudencia, esa parte me va a depreciar y se va a ir para siempre, y voy a vivir la vida náufraga del que lo supo y no lo hizo. Porque ahora sí lo sé. Cuando dejé a mi abuela a merced de la decadencia pútrida, cuando me abstuve tímidamente de sacarla de una agonía incomprensible, no tenía ésta seguridad, pero ahora no puedo dejar de tenerla.

Un par de cuadras más allá, un camión frigorífico estaciona enfrente de una carnicería. Unos tipos con pilotines bajan medias reses. Desde la caja del camión, uno empuja el cadáver colgado, lo hamaca cada vez más, y cuando alcanza cierto ángulo suelta el gancho. El que está abajo, encorvado, con un brazo estirado hacia adelante y otro hacia atrás, recibe la media res en la espalda, absorbe el peso y con cuatro pasos largos la introduce a la carnicería. Así bajan tres bultos, con movimientos precisos, poderosos y ausentes, coreografía de vivos y muertos.

Matarmatarmatarmatarmatarmatarmatarmatar.
La palabra gira, y no tiene sentido.

En la puerta de la vieja, el picaporte gira y las bisagras rechinan como un maullido estentóreo.

Se me incendia el cuerpo. En el fondo, en mi prudencia, todo este tiempo tuve la esperanza de que no salga nunca, de que no estuviera, de que no fuera madrugadora y la calle se llenara de gente, o de que se plantara un policía en la esquina, o saliera un encargado a baldear, había mil formas de que todo saliera mal pero no, ahí sale Beba y no tengo excusas, todo es apropiado, la vieja está cerrando la puerta con llave y enfila para el lado del baldío más cercano. Todo es ideal, Nicolás. Le cuelga una bolsa de tela del brazo, salió a comprar, o sea que ni siquiera tengo que lidiar con el ruidoso Max, para el que me puse unos borcegos de punta de acero que lo pondrían en órbita. La calle está desierta, la vieja va a pasar por el mejor baldío, sin perro, es demasiado perfecto, no tenés excusa Nicolás, la nueva parte de mí me observa, escucha los latidos atronadores y huele el miedo y me desprecia, es que me quiero ir, empiezo a caminar rápido, pienso, quiero irme a mi casa porque este juego es feo, saco del bolsillo el pedazo de cable coaxial, lo agarro de los extremos y lo enrolló las palmas, firme, dos vueltas, el cable sale de una mano, hace un largo rulo y entra en la otra, como practiqué, como practicaste, abrí los ojos Nicolás, pensá, la vieja escucha los borcegos y se da vuelta, me ve llegar, no llega a gritar, no pienses, le paso el rulo de cable por sobre la cabeza, le engancho el cogote quebradizo y la arrastro al baldío, no pesa nada.

El olor es repelente, tengo su cabeza abajo de la nariz y siento que se me impregna. Olor a pelo sucio, a perro, a perfume, a mal aliento y a pis. No

estoy apretando, apenas la acompaño, y ella apenas se resiste, y caminamos hacia atrás en silencio, vamos Nicolás, es un momento, aprieto el cable, se manotea el cuello con unas manos frágiles que chocan como aleteos de paloma, se le cae la bolsa que todavía tenía aferrada y se empieza a deslizar contra mí, meto mi rodilla derecha entre las suyas y queda como sentada en mi muslo, siento algo tibio, se está meando, vamos Nicolás, un poco más de valor, apreté, escucho ladridos, ¿ladridos? Max, el perro rastrero, hediondo y ciego, sale de la bolsa ladrando como poseído y me ataca el tobillo derecho, que no puedo mover porque tengo el peso de la vieja, pero la vieja no pesa nada, la alzo y la paso a la pierna izquierda y le encajo una patada corta al perro, Beba gime -no tengo que escuchar la voz para no aflojar, no tengo que pensar en su nombre, esto también lo pensé, pensá, esto lo practicaste- y el pequinés corcovea y embiste mi pierna izquierda, queda pegado ¿me está montando el tobillo? Me está montando el tobillo, perro hijo de puta, y sigue ladrando y chillando, y me lo sacudo, me doy vuelta con la vieja a cuestas y le descargo a Max una patada destructora, no le doy, me enredo con la pierna de la vieja y pierdo el equilibrio y caigo de espaldas, la vieja cae con su codo en mi panza y me deja sin aire. Abrí los ojos, Nicolás, la vieja sigue viva, se mueve, tirá más del cable, abrí los ojos, ¿qué está haciendo? Con la mano derecha, ¿qué hace? Está tocando al perro, está tocándole la cabeza al perro hediondo, ciego, hijo de puta, está tratando de chistarle para que deje de hacer lío, ¿por qué? Porque es lo único que hace, un reflejo condicionado. ¿Por qué se tienen, Beba, no, esta vieja muerta, y este perro muerto? No

pienses, entonces escucho: la voz de una mujer desde lejos. Veo: una vecina asomada a un balcón, en camisón, mirando para acá, grita, veo: un linjera se despierta y me ve, se van a despertar otros vecinos, el cuerpo se me congela, la cárcel, la cárcel, la cárcel, la cárcel, estoy corriendo, llevo tres cuadras, nadie alrededor, me saca los anteojos de sol, el gorro, la campera, los guantes, tiro todo por una boca de tormenta y sigo corriendo, y aflojo el paso, y camino. Camino quince, veinte cuadras. Me siento en la escalera del subte, todavía no abrieron la reja. Tengo los oídos tapados y me oigo latir: este soy yo. Me miro las manos y me parecen tan frágiles que no son mías, podría romperlas: este soy yo, y estas gotas son una mezcla de risa y llanto, como cuando bajé de la Torre del Terror, la más intensa a la que te podés subir en Disney si medís menos de 1,30.

Este soy yo, soy tan frágil que podría romperme. Pienso sentado en la escalera, en la misma posición de gárgola y con la misma cara de concentración que pone mi papá cuando hace los crucigramas. Sí, cuando pienso así soy el hijo de mi papá, como cuando fumaba entrecerrando los ojos, y cuando aplaudo de alegría o puteo al noticiero soy el hijo de mi mamá, y cuando sirvo una birra o miro un partido soy amigo de mis amigos y cuando envuelvo una cadera y beso una boca soy amante de mis amantes, y cuando hago los chistes y las poses y me trago lo que siento soy el adorador de mis ídolos. Y quizás lo único que tengo para mí es eso con lo que evito identificarme: aburrimiento y miedo. Y furia, también. Porque nadie me enseñó a enojarme, no imito ningún modelo de conducta en esos instantes, no tengo control consciente. Ahí

estoy yo: en esos baches de la conciencia. Ahí estoy, completo, sólo en lo que no puedo reconocerme, en momentos deshabitados. No soy yo ahora, soy un vehículo de lo elíptico. Todo lo demás, mi control quirúrgico, mis divagues disolutos y mis reacciones condicionadas, ese montón de cosas que podría relatar en tiempo real, eso no es mío, es del prójimo y del mundo.

Escucho un patrullero y me hago el dormido, pero no para. Tengo meo en el pantalón. Beba debe estar aterrada, la vecina del balcón debe estar haciéndole compañía hasta que llegue la policía. Estoy seguro de que la vecina no llegó a verme la cara. Incluso si Beba me hubiese reconocido, no sabe mi nombre, creo, y aunque lo supiera no importa, porque la policía no le creería. Al linyera que me vio no se acercarán, ni él se acercaría a ellos. No van a investigar por algo así, no se murió, creo, ni siquiera le robaron, gracias a su perro -¿por qué se tienen?- apestoso, pajero perro ciego. No estoy preocupado. No siento nada. Tiemblo de frío y ahora pienso en mi tortuga.

En el cuadrado de tierra al pie de un árbol, dos palomos se disputan los pedacitos de queso pegados a una caja de pizza que alguien tiró abierta. Mi corazón se adormece gradualmente mientras la adrenalina se aplaca y el cansancio nubla. Miro la hora en el celular. El subte está por abrir la boca.

Vuelvo a casa abombado, me acuesto y me despierto cuatro horas más tarde, bañado en sudor. Trato de levantarme, tengo las piernas como de trapo, como enajenadas, me quedo sentado en la cama minutos-horas. Un poco de fiebre enrarece todo, inflama el tiempo, es como operar los mecanismos del cuerpo desde afuera. Voy a la cocina, prendo la tele para tener ruido de fondo, corto lentamente cebolla y ajo para hacer una sopa curativa que me enseñó mi abuela. Afuera llovizna, abro la puerta y dejo entrar a la gata. La miro frotar sus mejillas en las cosas y no la veo. Me olvidé de hacer los carteles con la foto de la gata. Siento las manos como globos. No, eso es de una canción. *When i was a child i had a fever, my hands felt just like two balloons*. No siento nada. Tomo la sopa desde el sillón mirando Hora de Aventura, voy cambiando de canal, son todos iguales y no los entiendo. Me despierto a la medianoche, con la gata al lado de mi cara y el final de El Quinto Elemento en la tele. Todavía soñando reconozco a Gary Oldman haciendo del malo con su peinado de cantante de metal industrial, veo explotar todo, veo a Bruce Willis quedándose con la chica, la encantadora y perfecta Leeloo, y tiene sentido, porque es un tipo temerario de mandíbula fuerte, es el protagonista.

Abrigado y lento, voy al locutorio 24hs, compro una coca y recorro muros. La hermana mayor de una amiga, a quien agregué hace años por pajero, me etiquetó junto a otras 98 personas en su flyer de musicoterapia infantil. Esta mujer tenía un marido, estoy seguro, vi fotos del casamiento y de la luna de miel y comentarios melosos de ambos y sus familias, pero ahora en su estado civil no dice

nada y no están ni los álbumes, ni las fotos, ni los comentarios melosos. Desapareció a la relación a clicks.

En el ciber se escucha pop coreano, suena como cumbia hiperkinética y optimista cantada por ardillas, y en el silencio luminoso entre un tema y otro se percibe la incomodidad. Somos cuatro clientes, todos tipos, uno está mirando porno gay con cara de absoluta seriedad, otro chatea con alguien por webcam y se manosea mientras escribe, otro va variando entre porno interracial y buscar ofertas en mercadolibre, y yo escucho batallas de rap por youtube mientras recorro muros. El coreano dueño del ciber no ve a nadie, se seca la frente aceitosa y sigue clickeando y tecleando a velocidad supersónica en el League of Legends.

El alivio no me alcanza. Quiero hacer explotar todo, quiero quedarme con la chica. No pienses, Nicolás, actuá. Pido una cabina de teléfono y llamo a Clara. Me atiende.

- ¿Nico? ¿Qué es este número? ¿Estás bien? ¿Desde donde me estás llamando?

- Estoy en una cápsula en el espacio y me queda poca nafta. ¿Puedo ir a tu casa?

- ¿Qué? No. ¿Estás drogado?

- No, pero tengo fiebre y hambre y quiero hablar con vos.

- Estamos hablando.

- Entendí algo, Clara, tiene que ver con nosotros y necesito explicártelo con un papel donde anotar cosas con flechitas.

- Nico...

- Pará, te lo explico, es así lo que pensé, en una relación hay dos personas, sujeto uno y sujeto dos ¿no?, y cuando quieren que esa relación tenga

forma entonces el vínculo se convierte también en un sujeto, ésto es lo que hay que ver, la relación es el sujeto tres ¿entendés?; y sujeto uno se relaciona con sujeto dos y también con sujeto tres, y su relación con sujeto tres incluye sus expectativas sobre esa forma de relación elegida y genera otra relación, que también es un sujeto, sujeto cuatro, mientras sujeto dos con sujeto tres genera sujeto cinco, sujeto uno opina sobre sujeto cinco y sujeto dos sobre sujeto cuatro, generando sujetos, los sujetos seis y siete...

- Nico...

- Está bien, es difícil explicarlo así pero acá lo tengo anotado y es como un arbusto, y se pone así y se enreda porque no se puede domesticar al otro y entonces se trata de construir una idea domesticable del vínculo, pero para eso...

- No estoy sola, Nico.

- Ah.

- Si querés mañana llamame y hablamos, ahora no, es la una.

- Ta. Si. Es tarde.

- Mañana hablamos, Nico. Cuidate.

- Buenas noches.

En el segundo entre mi despedida y el corte de teléfono escucho una risa, creo.

Vuelvo a recorrer muros. Miro fotos de Virginia. Caen lágrimas de ira y vergüenza sobre el teclado, plicplic. En el siguiente silencio luminoso entre temas de pop coreano se me escapa un quejido, y el coro de pajeros me mira disimuladamente. Uno me repueba con la mirada, otro pone cara de pena, sin sacarse la mano del bulto. El coreano resopla con desprecio. Está muy mal visto desesperarse en una sala de espera.

A la mañana voy al banco, saco toda la plata que quedaba de la indemnización y me compro un smartphone nuevo. Lo configuran en la sucursal, está listo para usarse, con los auriculares, la funda, internet libre y mucho crédito de regalo.

Voy en bondi hasta la reserva ecológica, escuchando Iron Maiden, pensando en dónde me atrincheraría y cómo combatiría en caso de un apocalipsis zombie. Camino. Casi no hay gente, disfruto la brisa. Bajo a la costa, camino por la arena llena de basura, sigo hasta que hay cada vez menos basura, sigo hasta que no hay basura ni arena, trepo cascotes, cruzo los caños gigantes, sigo un poco más. Ahí está, el árbol-silla. Me siento. El sol del mediodía me hierve el pecho. Saco una foto del río, la subo a facebook y apago el celular.

- Hola, Datañán. Te quería decir que me voy a quedar con la gata. Te quería decir que soy muy cagón y le tengo miedo a todo, trato de tener caparazón pero no me sale y tampoco alcanza. Creo que vivo como si el cambio, como si el dolor fuera algo eludible, como si las cosas que me pasan dependieran de lo que hago o de cómo lo hago, entonces, cuando algo me duele, trato de rastrear el motivo en mis decisiones anteriores, y en realidad sé perfectamente que mis decisiones no son nada, que estoy remando a la deriva y la marea es el caos, pero no puedo dejar de vivir como si no lo supiera. Y a veces hay baches ¿no?, a veces una gata va y aparece en el patio y te mata la tortuga y una señora se muere porque te confundís las direcciones y otra señora se salva porque su perro diabético viaja en un bolsito y te quedás sin internet porque tenés

nariz de judío, y eso que se nota a veces es lo que pasa todo el tiempo. Me aterra no poder controlar nada, y seguramente vos no entendiste tu muerte de este modo porque sos una tortuga, o eras, pero yo no tengo esa excusa, y tampoco tengo idea de qué tendría que cambiar para que algo cambie. Bueno, no importa esto, lo que vine a decirte es que me voy a quedar con la gata, porque estoy solo y me aburro, estoy muy solo y me aburro mucho, pero espero estar cada vez mejor o distraerme cada vez más. Estoy seguro de que puedo. Y te voy a extrañar siempre. En serio. Chau, Data.

Vuelvo a encender el celular. Vuelvo a casa, poniendo Me Gusta en los comentarios de la foto y escuchando música.

Sentado en el inodoro, obnubilado por una resaca mutante, leo el diario en el celular. Hace dos días que compré el aparato y ya se le rayó la pantalla. Leo una nota que me llama la atención, y algo en lo que dice me acalora más: una sospecha. Cierro los ojos, me abrazo las piernas y recapitulo: ¿Qué pasó anoche?

Virginia me invitó al evento "Chau Desvío!!" por facebook. El Rasta le había pedido que lo arme, que cada uno invite a los que quiera, y yo invité a Gabo, a Ángel y al Chino. El bar estaba lleno de gente, los rockeros caducados de siempre con genuinas intenciones de despedir al Rasta y al bar con borracheras sentimentales, y docenas de amigos-de-amigos atraídos por la liquidación de la barra. El Rasta estaba animado (lo más parecido a alegre que se le puede pedir en un evento social), fluían

las sustancias, Gabo estaba usando su telekinesis para abrir dos birras a la vez, una proeza nunca antes vista, la gente ululó asombrada, llegó el Mono, todo sonrisa y muletas, y se redobló el festejo. Ángel, que toda la vida quiso ser buen tipo, estaba en su salsa escuchando a una metalera llena de piercings que le contaba sus problemas, el Chino bailaba con una sonrisa de mil dientes y media pepa asomándole del ojo, yo entré a la cocina a ver si quedaba algún papelito y encontré a Virginia armando un porro. Estaba borracha, patinaba las eses, hablamos del Mono y sonreímos, le pregunté si estaba Picho y me dijo que no, me pareció que estaba triste al decirlo, le dije que me parecía que yo a Picho le caía mal y me dijo que sí, porque piensa que todos los tipos con los que se lleva bien se la quieren coger, y me pareció que estaba insinuante al decirlo así que la besé. Traté de ser espontáneo y apasionado pero estuve más bien brusco, chocamos los dientes, pero no me rechazó y fuimos retrocediendo hasta el fondo, donde la estampé contra los cajones de cerveza así como quería hacer en el hospital y le metí una mano por abajo de la remera, me dejaba hacer, no sé si se estaba calentando o estaba muy borracha y abstraída, cuando estaba recorriéndole la espalda con los dedos entró el Mono a buscarse un vaso, se fue muleteando rápido como si no nos hubiera visto, "Cualquiera, estamos haciendo cualquiera" me dijo Virginia, y no supe qué responder y me volví a lanzar pero me corrió la cara, volví a avanzar, me empujó, me resbalé en un charco de vino, Virginia se fue puteando mientras yo me trataba de secar el culo con un delantal. Esto lo recuerdo bien porque la caída me sacudió el cráneo. Cuando salí de la cocina la vi

hablando con el Mono, ella acelerada y él tranquilizándola. El Mono no es buchón y seguro que no va a decirle a Picho, tan seguro como que Virginia no va a querer verme nunca más. Hicimos cualquiera, si, entonces fumé cinco pitadas de un porro grueso, me terminé el fernet de un trago -apenas le pude tocar la piel, no llegué a sentir-, Gabo estaba hablándole al oído a una chica que se reía y no aparentaba más de quince años, Ángel me avisó que se había terminado la cerveza y sólo quedaban bebidas blancas.

No puedo recordar más. Seguramente vomité al salir, porque recuerdo estar sentado en un taxi yendo a casa, pero no hay manera de que recuerde si, entre ese fernet y el taxi, vi al Rasta irse del bar en algún momento de la noche. Vuelvo a la nota del diario.

Guerra de pandillas en Palermo. La resaca convierte en dolor de cabeza cada esfuerzo de deducción. Releo.

Vidrios rotos, gritos y una alarma de incendio despertaron esta madrugada a los vecinos de la calle Nicaragua al 5200. Los que se asomaron se encontraron con un espectáculo digno de una película de Hollywood. De una casa envuelta en llamas, salía en tromba un grupo de jóvenes con camperas de cuero, armados con palos y cadenas, y eran encontrados afuera por otro grupo de jóvenes pandilleros. Una auténtica guerra callejera dejó como saldo cinco muertos y cuatro heridos. Los agresores, que habrían iniciado el incendio arrojando bombas molotov por las ventanas, llevaban ropa de "punks", mientras que el grupo reunido en la casa se vestía como "skinheads", identificados con el movimiento nacional socialista o neonazi. El encargado del edi-

ficio de enfrente, Mario V., pudo presenciar el brutal combate desde su ventana. "Yo los tenía vistos a esos pibes, algunas veces armaron rosca acá en la calle, pero es la primera vez que veo una cosa así. Los otros tiraron bombas para hacerlos salir, los agarraron a piñas, palazos, piedrazos, fue una batalla campal. Uno tenía un machete, la cara tapada como un montonero, y lo vi meta darle machetazos a uno caído. Después vinieron el camión de bomberos y las patrullas, y se fueron todos corriendo." Ante la pregunta, Mario dice no haber sabido nunca de las simpatías políticas de sus jóvenes vecinos "A mí siempre me trataron con la máxima corrección, nunca me lo hubiera imaginado. Con estas cosas nunca se sabe." declara, sorprendido.

La nota sigue con otros testimonios, nada útil, una vecina filmó con el celular pero no se distingue nada. La policía está investigando las cámaras de seguridad de un estacionamiento cercano.

Fue raro que el Rasta haya querido hacer un evento en Facebook. Lo de regalar todo el alcohol que quedaba en el bar también fue raro, estaba claro que se iba a armar un descontrol y al Rasta no le gusta mucho eso. Pero con lo de Julia y el viaje, podía ser que quisiera hacer una despedida así, más por los demás que por sí mismo.

Mando un whatsapp a mis amigos, a ver si alguno se acuerda de haber visto salir al Rasta. Sólo me responde el Chino, que sigue despierto, me dice que el Rasta estaba, porque echó a todos los lúmpenes que quedaban a las 10am y se fue directo con las valijas al aeropuerto. Pero también recuerdo que el Chino estuvo 3 horas encerrado en el baño teniendo una experiencia trascendental con el espejo, y no es una fuente confiable.

El Mono, el Mono estaba sobrio, no podía tomar alcohol por los antibióticos, le escribo por facebook pasándole la nota del diario, le digo que sé que es una locura pero tengo que confirmarlo. Me responde a la media hora diciendo que no, no vio al Rasta irse en ningún momento. Pero pienso en su pulmón perforado, y en su sonrisa beatífica. El Mono no es buchón.

Le escribo un mail al Rasta. Copio la nota.
"Vos sabés algo?" escribo.

Pasaron dos años.

Mamá volvió a mudarse a su casa, con Raúl, que perdió el laburo, y yo estoy compartiendo un tres ambientes decente con Gabo, y la traje a Leelo, que ahora que está castrada es mucho más tranquila.

Durante un año trabajé en gastronomía, turnos de entre 10 y 15 horas en la cocina infernal de un bistró boutique en Palermo Soho. Ahorré buena plata, pero tomaba mucha merca. De la mala, de la útil. Dormía todo el día, llegué a irme a las piñas con Gabo, me deprimí. Renuncié. Estoy haciendo algunas materias de Psicología, trabajo con papá casi todos los días y escribo reseñas de recitales para una revista online de música. No me pagan, pero me dan entradas, y a veces, en recitales grandes, hay comida gratis para los de prensa. Está bastante bien.

Hace unos meses empecé a salir con Danielle, una compañera de laburo de Gabo. Es francesa, programadora y diseñadora, y canta con la voz más dulce que escuché en mi vida. Nos divertimos, es-

tamos muy bien. Conoció a mis viejos. Ahora empezamos a ver Breaking Bad juntos, que ninguno la había visto.

Durante un tiempo pasé regularmente por la calle de Beba, pero nunca la vi, y dejé de pasar. También dejé de sentirme culpable, porque a fin de cuentas, no hice nada tan grave. Y no volví al árbol-silla, pero quiero ir una tarde con Dani y contarle toda esa historia, que todavía no le conté nunca a nadie. Supongo que no hay mucho para contar, es una historia más. Fueron días raros, pasaron cosas y al final no hice nada. Si hubiera terminado antes, o diferente, quizás sería más interesante, y alguien que la escuche podría imaginar que hubo alguna hazaña, algún cambio categórico, algo. La verdad es que no. Pero siento que tengo que decírsela a alguien, y creo que Dani va a entender: la voy a llevar al árbol una tarde, con un termo de mate o un vino, y le voy a contar cada parte de la epopeya más trivial, desde la noche del bebé gigante hasta la noche del machete, procurando obviar detalles sensibles y tratando de ser lo menos aburrido posible.

Quizás cuando vuelva el calorcito.

Un Florian R. me agrega al facebook y lo acepto.

Acaba de crear la cuenta, tiene 14 amigos, ninguno en común. Una es Virginia, que me borró hace mucho. El resto de los nombres son impronunciables.

Una hora más tarde, sube su primer álbum de fotos. La playa es de arena blanca y el Rasta, ya sin ninguna rasta, está bronceado y sonriente, con una

mujer tailandesa que lleva un carrito de bebé. Selfies dándose piquitos con la mujer. El bebé en la cuna, con una remera miniatura de Batistuta. El Rasta sirviendo un trago en la barra de un bar de playa, su bar, lleno de turistas. Se ve el cartel del bar, que se llama Acá.

Se lo ve contento.

Le pongo un Me Gusta.

Este libro se terminó de imprimir
un día de primavera del 2014
en Buenos Aires.